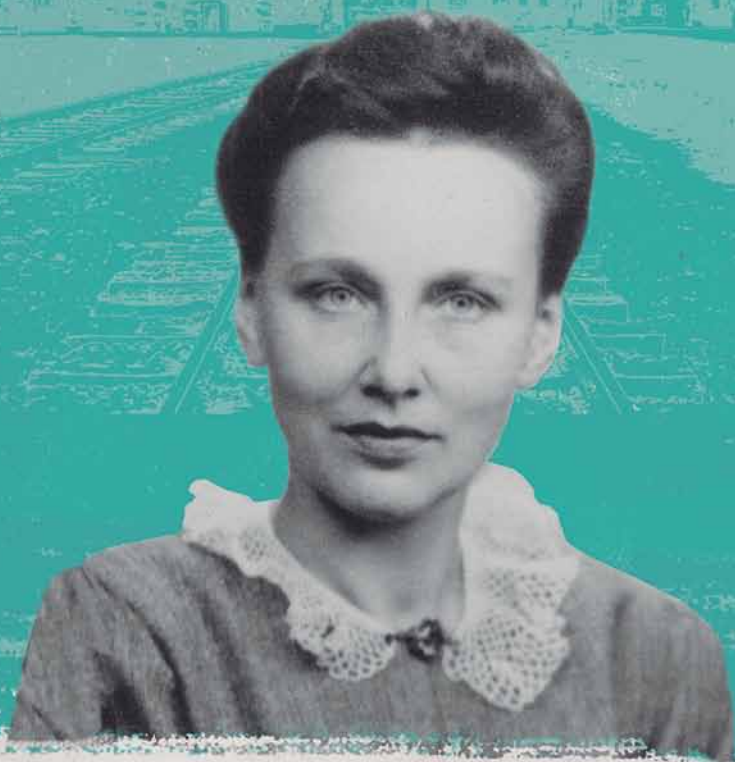


Ludmila María Dabrowski de Moszoro

MEMORIAS

1939 - 1945



Relatos sobre la guerra y las persecuciones,
los campos de concentración –inclusive **Auschwitz**–
y el traumático final de la contienda mundial

EDITORIAL DUNKEN

3^{ra} edición

Ludmila María Dabrowski de Moszoro

MEMORIAS

1939 – 1945

Relatos sobre la guerra y las persecuciones,
los campos de concentración –inclusive Auschwitz–
y el traumático final de la contienda mundial

EDITORIAL DUNKEN

Rosario – Argentina

2017

Dabrowski de Moszoro, Ludmila María
Memorias 1939-1945. Relatos sobre la guerra y las
persecuciones, los campos de concentración –inclusive
Auschwitz– y el traumático final de la contienda mun-
dial / Ludmila María Dabrowski de Moszoro.

3a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken,
2017.

160 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-02-9411-5

1. Autobiografías. I. Título.
CDD 920

Diseño gráfico: María Luz Preumayr
hola@luzpreumayr.com Rosario – Argentina

Primera edición: Agosto de 2001
Segunda edición: Noviembre de 2004
Tercera edición: Diciembre de 2016

Impreso por Editorial Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) – Capital Federal
Tel/fax: 4954–7700 / 4954–7300
E–mail: info@dunken.com.ar
Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11. 723
Impreso en la Argentina

© 2017 Ludmila María Dabrowski de Moszoro
e-mail: B.Moszoro@hotmail.com
ISBN 978-987-02-9411-5

NOTA SOBRE LA TERCERA EDICIÓN

Esta edición surge como consecuencia de haberse agotado el stock de las ediciones anteriores y para “acompañar” la primera edición de las “Memorias” en idioma polaco.

Para información de los lectores, les comentamos que en agosto de 2011 falleció –luego de soportar con fuerza y cristiana esperanza dos años de una dura enfermedad–, nuestra hermana mayor, Julia, a la edad de 63 años.

Ludmila, muy “golpeada” por la desaparición física de quien la había acompañado permanentemente, falleció el 22 de octubre de 2012, en el día dedicado a San Juan Pablo II.

A esta edición, sólo le agregamos la “despedida” escrita por una de las nietas de Ludmila, residente en Europa y un “post scriptum...” escrito por Antonio.

Esperamos que el libro **“tal vez le sirva a alguien para meditar sobre estos temas, tal vez para facilitarle el discernimiento acerca de los valores, tal vez para llevarlo a animar nobles actitudes y hasta... ¡para aumentar el amor al prójimo!”** como escribió nuestra madre en el prefacio.

Sus hijos Antonio, Bartolomé y Esteban Moszoro

NOTA SOBRE LA SEGUNDA EDICIÓN

Alentada por numerosos lectores tomé la decisión de imprimir la segunda edición de mis “Memorias”.

Este sencillo libro ha despertado interés porque abarca una variedad de temas y problemas poco conocidos. Los comentarios de cada persona se centran en los puntos de inquietud personal, formulando preguntas, aprobando las opiniones vertidas, elogiando... y hasta expresando su gratitud.

Se percibe claramente el clima de curiosidad por conocer hechos históricos de un pasado no tan lejano. Ese pasado que imprimió y determinó las características de la vida en todo el planeta en la segunda mitad del siglo veinte y que se proyecta imperiosamente al actual.

En el caos que nos envuelve buscamos lo simple, lo verdadero y lo elemental. Lo pasado o “el pasado” es el maestro de la sabiduría que tanto necesitamos para nuestra felicidad.

La segunda edición sale con algunas pequeñas correcciones. La pongo en manos de los lectores argentinos con una firme esperanza en el porvenir feliz de la Patria.

PREFACIO

ALGUNAS PALABRAS DE LA AUTORA...

Durante varias décadas gente amiga o conocida me ha exhortado y animado a escribir mis memorias. Siempre he rechazado esta idea, considerando que “memorias” hay en abundancia; que las mías no pueden introducir algo específicamente nuevo en el asunto y que mis vivencias tampoco fueron “cosas excepcionales”.

Por otro lado yo no tenía la ambición de escribir un libro; tampoco la de ser famosa. Esas fantasías de la juventud estaban ya definitivamente borradas de mis expectativas.

Fue necesario que por “mis caminos” se cruzara Evangelina del Forno. No nos conocíamos, pero alguien le había contado las “peripecias” de mi vida. Me envió una y otra carta y me visitó insistiendo en escribir un libro sobre mi vida. En esta idea la acompañaron mis hijos y mis nietos y... ¡ganaron la batalla!

Fijar las reglas y normas de trabajo fue lo primero que me propuse. Evangelina pensaba que, en este libro, se podía trabajar como en otras obras suyas, por ejemplo, como en el libro sobre el Cura Brochero. Aquel tema resultó ser atrayente y folclórico a la vez, por el lugar y su gente, y por la excelente figura del protagonista. Esto significaba para ella trabajar sobre materiales escritos o grabados y también contar

historias de relatos bien conocidos, de alguna manera “propios”.

El libro que ahora nos interesaba, tocaría, sin embargo, temas de otros tiempos y otros mundos; ajenos a su vida y a sus conocimientos previos. Problemas complicados y, a la vez, fundamentales para la vida de muchas personas y hasta de pueblos enteros. Por esa razón, finalmente, estas memorias las tuve que escribir yo misma, personalmente. A ella le tocó animarme y sostenerme porque no siempre me gustaba seguir haciéndolo... sobre todo me costaba mucho revivir el pasado. También le tocó corregir mi castellano. Por otro lado, las discusiones con ella me ayudaron a ubicarme correctamente para contar todo, en forma accesible, a los futuros lectores de estas latitudes.

Este esfuerzo en común nos acercó en persona, dando lugar a una linda amistad. ¡Muchas gracias Evangelina!

Indudablemente, lo que más me faltaba, en todo momento, mientras escribía estas memorias, era la presencia de mi esposo, quien ha fallecido hace algunos meses. Su buena memoria me ayudó, muy a menudo, en diversas circunstancias de nuestra larga vida en común. Seguramente a él también le hubiera gustado ver este esfuerzo mío.

A conciencia, evité la pormenorizada descripción de la barbarie y crueldad de los dos totalitarismos. Considero que repetirla está de más. Abundan los testimonios –gráficos, audiovisuales de todo tipo y literarios– “servidos” a diario para el espanto de la gente.

Ahora, termino este trabajo contenta de haberlo hecho. Tal vez le sirva a alguien para meditar sobre estos temas, tal vez para facilitarle el discernimiento acerca de los valores, tal vez para llevarlo a animar nobles actitudes y hasta... ¡para aumentar el amor al prójimo!

Por lo menos, mis nietos no van a defraudarme: van a leerlo y a contarlo a su vez a sus hijos. Porque abrigo la esperanza de que, a pesar de los desastres del siglo XX, de la decadencia general y de los peligros innegables, ellos tienen un futuro delante de sí. Porque creo en las fuerzas vitales de la civilización latina que, durante dos milenios, elevó a Europa a la cima cultural para el beneficio de todos los pueblos del mundo.

¡Creo en el futuro!

PRÓLOGO

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

La Segunda Guerra Mundial estalló el 1° de septiembre de 1939, provocada por una invasión alemana a Polonia, sin previa declaración bélica. Se convirtió en una guerra relámpago pues, inmediatamente –el 17 de septiembre– tuvo lugar un golpe traicionero de la Unión Soviética sobre “las espaldas” de la propia Polonia. Con ambos vecinos Polonia tenía firmados sendos pactos de no-agresión.

De esta manera los dos ejércitos ocuparon el territorio de Polonia: uno desde el lado occidental y el otro desde el oriente. Heroicas unidades del Ejército Polaco lucharon sin posibilidades de éxito contra fuerzas superiores desde el punto de vista numérico y tecnológico como lo eran las del Tercer Reich y las de la U.R.S.S.

Conviene relacionar las causas que llevaron a tantas naciones a involucrarse y a pelear contra los estados del Eje (Alemania, Italia y Japón). Para ello debemos remontarnos a tres décadas atrás: a la Primera Guerra Mundial.

Ésta estalló entre las naciones del Centro –Alemania, Austria y Turquía– y las fuerzas Aliadas –Francia, Inglaterra y Rusia– con el posterior ingreso a la guerra de los Estados Unidos. En la raíz del conflicto estaba la aspiración germánica de adueñarse de los mares, en tanto rutas marítimas hacia sus colonias. Alemania

comenzó así la guerra en busca de la hegemonía sobre Francia e Inglaterra.

La Primera Guerra Mundial se extendió desde agosto de 1914 hasta noviembre de 1918, finalizando con la derrota de Alemania. Este conflicto disgregó a las naciones europeas y dio como resultado un nuevo mapa de Europa. Cayeron cuatro imperios: el Otomano; el ruso de los Zares, en ese momento con la familia Romanov; el Austro-húngaro de los Habsburgos y el Pruso-alemán de los Hohenzollern.

El Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919, devolvió la soberanía a varios estados que en algún momento habían perdido su independencia en provecho de los imperios que ahora caían. Algunas cláusulas de dicho tratado tenían como meta final cerrar el camino a otra guerra, prohibiendo a Alemania la facultad de armarse, de tener ejércitos, de desarrollar una industria bélica y así, de este modo, “frenar” las tendencias imperialistas del pueblo alemán y sus aspiraciones revanchistas.

La República de Weimar, nuevo estado alemán, se encontró, como otros países europeos, sumergido en dificultades económicas y sociales. Al frente de los movimientos revolucionarios de esa época apareció la figura de Adolfo Hitler, quien había sido encarcelado en 1923. En la prisión escribió su famoso libro “Mein Kampf” (“Mi lucha”). Allí presentaba un programa completo de sus planes políticos. Nadie en el mundo lo tomó en serio pero, lamentablemente, se cumplió a

rajatabla, llegando a estar muy cerca de una clamorosa victoria.

La República de Weimar, después de la abdicación de Guillermo II Hohenzollern, tenía al frente del gobierno –como presidente– a Hindenburg, famoso general de la guerra pasada. Él nombró a Adolfo Hitler canciller en el año 1933. Los movimientos revolucionarios y actos terroristas llegaron hasta el pavoroso incendio del Reichstag, el parlamento alemán en Berlín. Cuando falleció Hindenburg, Hitler tomó la plenitud del poder y subordinó a varios estados alemanes autónomos: así continuaba la obra del canciller Bismarck, fundando el Tercer Reich. Su partido político se llamaba nacionalsocialista y era de extracción socialdemócrata, es decir que sus raíces eran las mismas que las del partido de los mencheviques de la Rusia zarista, rival de los bolcheviques.

La ideología del nacionalsocialismo se basaba en conceptos racistas (admitiendo razas superiores y razas inferiores), en el retorno a los ídolos del pasado germano y a sus deidades, en la lucha contra los que no eran de raza aria (judíos y gitanos) y contra la Iglesia Católica. Las ambiciones de dominar el mundo llevaron a Hitler, durante la Segunda Guerra Mundial, hasta las costas atlánticas en el Occidente, la península de Crimea en el sudeste europeo y al Cáucaso, al río Volga y a las puertas de Moscú en el Oriente.

Es interesante conocer el hecho de cómo Alemania pudo armarse, si las cláusulas explícitas del Tratado de Versalles lo prohibían.

Ya en los años veinte Alemania, en tácito entendimiento con la Rusia comunista –a cambio de otorgarle el primer reconocimiento internacional– usaba el territorio y los polígonos de Rusia para hacer ejercicios militares. La Guerra Civil Española le otorgó una oportunidad a los totalitarismos para probar el rendimiento de sus armamentos y sus tácticas bélicas. Rusia comunista, en realidad, hizo un sondeo de poderes entre Stalin y su mortal enemigo Trotski. Este último, líder de la Revolución bolchevique, siendo marginado del poder en Rusia, había edificado su fortaleza en España. Este ensayo, que resultó muy sangriento, inclinó la balanza en favor de Stalin.

Hitler reconstruyó la industria militar con una estrategia de simulación. Pudo transformar por ejemplo, de la noche a la mañana, una fábrica de manteca en un establecimiento para producir artefactos militares. En 1936 violó abiertamente el Tratado de Versalles y ocupó Renania, militarizándola. En 1938 los austríacos, en referéndum nacional apoyaron la unificación (Anschluss) con Alemania. En el mismo año Hitler ocupó parte de Checoslovaquia –Sudetes– y en la primavera de 1939 terminó por hacerlo con Bohemia y Moravia; o sea que se instaló en la totalidad de Checoslovaquia.

A fines del año 1938 tuvo lugar la famosa Conferencia de Munich. En ella los representantes de los aliados pactaron con Hitler, recibiendo de su parte promesas de paz. Por Inglaterra debatía Chamberlain; por Francia, el ministro Daladier; por Italia, Mussolini y por Alemania, Hitler. La inutilidad de esta conferen-

cia, la ingenuidad de los aliados –o tal vez, su debilidad o miedo– se manifestaron muy pronto.

La Liga de las Naciones, fundada en Ginebra después de la primera contienda mundial, no dio el resultado esperado: no alcanzó a impedir ni el despertar del imperialismo alemán, ni la expansión soviética, ni las ambiciones de Mussolini, ni las aspiraciones desmedidas de los japoneses... Para agredir a Polonia, Hitler trató y logró conseguir el beneplácito de la U.R.S.S.: su ministro Ribbentrop firmó con Molotov –canciller soviético– un pacto secreto en agosto de 1939. Así la U.R.S.S. se hizo co–responsable del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

CAPÍTULO I

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA

Eran los últimos días de agosto de 1939 cuando yo volvía a Lwow luego de unas vacaciones en las sierras. El tren estaba repleto de gente algo excitada por los inquietantes rumores de guerra. Desde hacía varios meses las opiniones se contraponían: por un lado el optimismo de los que daban credibilidad a la vigencia de los tratados de “no-agresión” y por el otro, la opinión de destacados hombres de la ciencia y la cultura. También, la de los políticos probos que participaban con el relato de hechos reales.

El 1ero. de septiembre de 1939, por la mañana, cayeron las primeras bombas a lo largo y a lo ancho de todo el país, inclusive en Lwow. Recuerdo la muerte de una compañera de la escuela primaria, hija de una familia amiga de mis padres, quien vivía muy cerca de mi casa. Había salido al balcón para ver qué pasaba. El golpe de una onda explosiva derrumbó el balcón y, muy malherida, falleció a los pocos días. Estaba por terminar sus estudios superiores en Ciencias de la Educación.

¡Para mí, así, tan dolorosamente, comenzó la guerra!

Ya desde las cuatro de la mañana Polonia fue agredida por la Wehrmacht, es decir por las fuerzas armadas alemanas. En la parte occidental estallaron enardecidos combates a lo largo de toda la frontera. El ejército enemigo ganaba terreno...

El Gobierno aconsejaba a la población retirarse hacía el oriente del país. En esos momentos, con una familia amiga, nos dirigimos a una estancia situada al sudeste de Lwow, cerca de Brzezany. Día a día pasaba cada vez más gente que se retiraba de su comarca en busca de un lugar seguro.

Por esos días llegaron a nuestra estancia los pilotos del aeropuerto de Lwow, camino de exiliarse en el extranjero, de acuerdo con las disposiciones de sus superiores. Relataron que, cuando habían ido a buscar las municiones, sólo encontraron, en los embalajes, equipos para el entrenamiento en los polígonos (o sea, municiones de fogueo). Esto era obra del sabotaje de la así llamada “Quinta Columna” de la Wehrmacht. Se trataba de ciudadanos de origen alemán (es decir una minoría alemana en Polonia), que durante años venía ejerciendo el espionaje y el sabotaje.

En ese estado de tensión llegamos a mediados de aquel mes. En la vigilia del día diecisiete escuchamos por la radio fragmentos de las órdenes en idioma ruso ordenando a las Fuerzas Armadas de la URSS el cruce de la frontera ruso-polaca. Esto significaba que Stalin, “mano a mano” con Hitler, atacaba Polonia. Al oscurecer vimos en el horizonte el resplandor de los incendios de las aldeas fronterizas. Así se abría un segundo frente de guerra; el del Oriente. Polonia se encontró de esta manera, entre dos fuegos. Pero eso no fue todo. Todavía tuvimos que protegernos del tercer peligro.

Desde la mitad del siglo diecinueve, la población rutenia de esas tierras, que durante seis siglos había

convivido en paz con los polacos, fue incitada, financiada y organizada por los austríacos y los alemanes en contra de los polacos, de acuerdo con el principio “divide et impera”.

Aprovechando la situación en que se encontraba Polonia, varios grupos extremistas ucranianos (algunos de los cuales directamente formaban unidades de la SS hitleriana) se levantaron, armados y adiestrados por militares alemanes. Así, atacaron estancias, haciendas, granjas y casas polacas.

Con las primeras luces del día, juntamos las cosas más importantes y nos mudamos a Brzezany. Al día siguiente, en sus desiertas calles aparecieron los primeros milicianos, con carabinas y brazaletes rojos, en su mayoría judíos que formaban las denominadas “iacheiki”, células clandestinas del Partido Comunista Polaco. Eran las señales iniciales del poder comunista en marcha.

En pocas horas entraron los tanques rusos recorriendo las calles y los alrededores de la ciudad, adueñándose de ella... Así, los polacos se encontraron frente a una nueva realidad histórica que iba a escribir unas de las páginas más trágicas de su existencia.

Lloré mucho, lloraron muchos. Sin embargo, había que secarse las lágrimas y dejar que sólo el corazón llorase. Todo el pueblo y cada uno de sus integrantes tuvo que hacerse fuerte, muy fuerte, como sostén para los demás, porque la lucha no había terminado. Re comenzaba, con distintas armas y con otras reglas de juego.

CAPÍTULO II

ARRESTOS Y DEPORTACIONES

Los rusos ocuparon una parte oriental del territorio de Polonia, hasta los ríos San y Bug; Alemania ocupó las dos terceras partes occidentales, y anexó las linderas al Tercer Reich. Con el resto, incluyendo Varsovia, formaron una Gobernación autónoma bajo una autoridad alemana.

Durante la segunda quincena de septiembre continuaron los combates sangrientos en ambos frentes. En el tramo norte del frente ruso, los polacos perdieron las batallas y los bolcheviques tomaron miles y miles de prisioneros de guerra. En el sur, algunas unidades del Ejército Polaco plenamente equipadas se resguardaron en Hungría, por orden del Gobierno, y éste, en retirada, se refugió en Rumania. Nuestro grupo presencié este triste desfile, profundamente apenado.

Los combates de la resistencia, en diversas regiones de toda Polonia, continuaron hasta fines de octubre. Con la caída de Varsovia, el así llamado cuarto desmembramiento de Polonia quedó sellado (esto atañe al desmembramiento del Reino de Polonia del siglo XVIII, en los años 1772, 1793 y 1795).

En los primeros días de octubre, emprendimos la vuelta a Lwow. Viajamos todo un día, bajo la lluvia otoñal y una tristeza generalizada; en un carro rústico tirado por caballos y llevando unos pocos enseres.

Lwow estaba lleno de gente. De trescientos cincuenta mil habitantes pasó a cobijar a más de un millón. Paré directamente en casa de la familia amiga con la cuál había viajado. Al día siguiente recibí una noticia de advertencia: en mi domicilio, me estaba buscando la policía –política– comunista; la tristemente famosa NKWD. En poco tiempo más podrían encontrarme. Realizaban un control de la población, casa por casa.

Nos enteramos entonces de lo rápido que funcionaba este cuerpo de seguridad de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. A nosotros, estudiantes universitarios, nos perseguían por destacarnos en el campo estudiantil. Encarcelaron a varios de mis compañeros y compañeras. Era evidente que estaban en posesión de listas, preparadas de antemano por las células comunistas clandestinas.

Arrestaban a simples policías, a integrantes de las Fuerzas Armadas, a maestros y profesores, a sacerdotes, a intelectuales; en una palabra, a todas las fuerzas vivas de la sociedad. Rápidamente su red de información les proporcionaba datos sobre edificios, casas y lugares de trabajo adonde encontrar a la gente buscada.

Es interesante hacer aquí una digresión y echar una mirada a lo que, en la misma época –en la que Stalin comenzaba su obra de exterminio de los polacos en la zona oriental de ocupación– ocurría del otro lado de la línea de demarcación: ¿qué hacían

las autoridades alemanas en la zona de Polonia que dominaban?

En noviembre llamaron a todos los profesores de la antigua Universidad Jagiellónica de Cracovia, algunos de fama mundial, a una importante reunión en Wisnicz. De allí, por la fuerza, los llevaron al campo de concentración en Oranienburg, Alemania. Pocos sobrevivieron a esta “reunión”. En las plazas de las ciudades ocupadas fusilaban en masa a las personas buscadas casa por casa. Echaban a la gente de sus viviendas directamente a la calle; familias enteras, despojadas de todo, tuvieron que dejar su comarca, buscar un asilo, una ayuda.

CAPÍTULO III

MI HERMANO ZBYSZEK

En ese tiempo llegó Zbyszek, mi único hermano, y los dos nos alojamos en la casa de una tía donde pasamos juntos nuestra última Navidad; la de 1939.

Teníamos que anotarnos en el registro del edificio. Además los rusos obligaban a todos los habitantes a presentarse ante las autoridades pertinentes para conseguir nuevos documentos de identidad. En mi situación, obviamente, no lo podía hacer y sin documento no podía obtener trabajo; en una palabra, no podía sobrevivir. En la misma situación se encontraba mucha gente.

El 22 de octubre se llevó a cabo un referéndum obligatorio para optar por la incorporación de nuestra provincia a la República Socialista Soviética Ucraniana. La votación era a la vista (voto cantado) y tuvimos que tomar parte en ella para no despertar las sospechas de la NKWD, que controlaba todo.

En diciembre, de la noche a la mañana, las autoridades, sin avisar a la población, cambiaron el signo monetario –introduciendo el rublo–. ¡Es de imaginarse el caos que causó esta medida en medio de las dificultades del momento!

Ese año, el invierno se presentó muy crudo. La temperatura oscilaba en los 30°C bajo cero. En una oportunidad, al salir de casa, alcancé a llegar sólo a la esquina; no podía respirar y me volví. El aprovisiona-

miento de los artículos de primera necesidad se hizo muy difícil. Largas colas de espera ante los almacenes hacían perder el tiempo y la salud.

Todos los días llegaban malas noticias sobre nuevos encarcelamientos de amigos y personas conocidas; de interrogatorios, torturas y deportaciones. Con mi hermano pensábamos irnos al extranjero pero las cosas se hicieron ya muy complicadas; las fronteras estaban bien vigiladas por el Ejército Rojo y era casi imposible cruzarlas en forma ilegal.

En febrero de 1940 mi situación y la de mi hermano cambiaron a fondo. La NKWD por segunda vez, el día ocho, visitó mi antiguo domicilio. Mi tía se asustó mucho. A partir de entonces, cada uno tendría que defenderse por su lado buscando adónde vivir.

Yo viajé a casa de otras tías, en Przemyslany. Conseguí el pasaje esperando en una enorme cola. El tren —no se sabía a qué hora saldría de la estación— tenía los vidrios rotos y estaba casi a oscuras (en esa época del año, allí oscurece a las cuatro de la tarde); la gente, apretada, sufría pacientemente. Llegué al lugar en horario prohibido para circular, pues regía el toque de queda; no tenía documentos y no sabía exactamente dónde estaba la calle del nuevo domicilio de mis parientes.

La tensión nerviosa me causó efectos psicósomáticos; dolores en las piernas que luego tuve que curar con compresas y un reposo de dos o tres días.

En Przemyslany, una ciudad chica donde todos se conocían y donde tampoco pude registrar mi domicilio temporal, sólo me quedé dos semanas.

De vuelta en Lwow dormía cada noche en un lugar diferente. Hasta tuve que pasar una noche en un campo abierto, cubierto de nieve, en una casilla rústica de barro. Allí en el verano vivía una mujer con su vaca. Nada de pintoresco tuvo esta aventura. Posteriormente conseguí un lugar estable para vivir con una familia muy amiga.

Mi hermano se las arreglaba muy bien y en febrero decidió abandonar Lwow e ir en dirección Norte. Trataría de llegar a un país neutral, en ese caso, Suecia. Cada uno de nosotros tomó los documentos que podían serle necesarios. Los otros quedaron bajo la custodia de nuestra tía. Dividimos también las alhajas familiares entre los dos. El día de la partida lo acompañé al tranvía que iba a la estación de trenes.

No puedo borrar de mi memoria la triste mirada de sus ojos celestes; me quedó grabada en la mente hasta el día de hoy. Nunca más volví a verlo, tampoco logré saber, a ciencia cierta, cuál fue su destino.

En ese mismo mes de febrero de 1940 los rusos comenzaron las deportaciones masivas de la población polaca a Kazajstán y Uzbekistán, en Siberia.

Los primeros transportes les tocaron a los campesinos de Wolyn (parte central de la franja ocupada por los rusos). Eso significaba la intención de “rusificar” esas tierras “transplantando” ahí población rusa.

En el mes de abril, llenaron tres largos trenes con gente de Lwow. La operación tuvo lugar una noche. Iban a determinado domicilio, nombraban a las personas elegidas y les daban unos pocos minutos para

juntar sus cosas y llevarlas consigo, como así también para decir adiós a los parientes, la casa y las pertenencias. Esto le sucedía a los familiares de las personas ya arrestadas, a los familiares de los miembros de las Fuerzas Armadas y policiales, etc., etc.

A la mañana siguiente Lwow parecía una ciudad desierta. La trágica noche marcó los rostros de los pocos que transitaban sus calles.

Ese mes trajo también la gran preocupación por los prisioneros de guerra polacos en Rusia. Había gran incertidumbre sobre la suerte de catorce mil quinientos oficiales de carrera y de reserva que permanecían internados en Katyn, Jarkov, Bagoloy y Dergachi, porque habían dejado de llegar las cartas de las personas que estaban detenidas en esos lugares. ¡Y no faltó razón para esa gran preocupación!

Dos años después, cuando las tropas alemanas ocuparon esos territorios, descubrieron las fosas comunes de estos oficiales masacrados. El gobierno polaco en el exilio, en Londres, y los mismos alemanes llamaron a expertos de la Cruz Roja de Suiza para verificar las tumbas o fosas e identificar los cuerpos. Eso era necesario porque los rusos, con toda desfachatez, sostenían que el macabro crimen de lesa humanidad lo habían cometido los alemanes. Los polacos nunca tuvieron dudas acerca de los autores del crimen, conocido mundialmente como la “matanza de Katyn”.

Cincuenta años después, cuando se abrieron los archivos soviéticos, se conoció el documento firmado por varios miembros del Politburó –máximo órgano

político del Comité Central del Partido Comunista de la URSS— ordenando el fusilamiento de esos prisioneros, a pesar de que estaban bajo la protección de leyes internacionales de guerra. Ahora me pregunto: ¿no deberían los autores de crímenes de lesa humanidad, cometidos por la Unión Soviética y sus estados satélites, responder ante un Tribunal Internacional tan “de moda” hoy? ¿... o hay quienes están inmunes “de hecho”...? ¿y el derecho? La salud de los pueblos, la convivencia entre ellos, clama por una justicia equitativa.

En el mismo mes de abril, el usurpador—ocupante destrabó los depósitos bancarios, lo que financieramente solucionó mi situación. Claro, entregaron sólo la mitad de los depósitos; la otra mitad fue confiscada.

Un día de esos, primaveral, fui con una amiga a ver qué pasaba en la Universidad. Encontramos las puertas abiertas de par en par pero, ni en los corredores, ni en las escaleras, ni en las aulas, encontramos “un alma”. Pasamos por los salones de la Facultad de Derecho. En uno de ellos, descubrimos una cátedra y varios muebles, con emblemas masónicos. Así parecía confirmarse lo que la gente murmuraba: si bien en Polonia esa organización estaba prohibida por la ley, parecía no haber dudas acerca de su actuación en los hechos.

La inscripción en la fachada de la Universidad tenía ya un nombre distinto, en letra cirílica; en ucraniano.

CAPÍTULO IV SUPERPOBLACIÓN DE LWOW

Mientras tanto llegó a Lwow una prima mía con sus dos hijitos. Su marido, oficial de carrera del cuerpo especializado en la protección de la frontera polaco-rusa, ahora movilizado para el frente de guerra, estaba ausente de su casa. Ella se encontraba en una aldea en el sector de la misma frontera. Al romper el cordón fronterizo, el Ejército Rojo se apoderó de la aldea. Al día siguiente, vinieron de noche a arrestar a mi prima. Ella, en camisón, saltó por la ventana y, entre las sombras, escapó. La ayudaron unos aldeanos dándole alojamiento y rescatando, al día siguiente, a los niños. Con ellos y unas pocas cosas llegó a Lwow.

Allí, las autoridades estaban abocadas a solucionar el problema de superpoblación de la ciudad. Los que, en septiembre de 1939, a instancias del gobierno, se habían autoevacuado mudándose a Lwow, ahora deseaban regresar a sus casas.

En primer término, las autoridades registraron todos los datos personales y el lugar de destino de las personas mayores, dándoles la oportunidad de retornar en tren. Pero, en vez de tomar la dirección a Occidente, el anhelado transporte se dirigió rumbo al Oriente. Nunca nos enteramos adónde llegó, ni qué pasó con esa gente. Algunos comentaron que fueron los primeros en ser arrojados al Mar de Barents, en el Ártico.

Más tarde, los rusos formaron, junto con los alemanes, una “comisión de retorno”. Así, uno podía pasar por la comisión rusa presentando los documentos y manifestando su deseo de volver a su lugar de residencia. Acordado el permiso, pasaba por la comisión alemana y, con la misma ceremonia, podía recibir otro permiso para viajar a determinado lugar de la zona de Polonia ocupada por los alemanes.

Mi prima estaba interesada en conseguir este pase porque en Lodz tenía toda su familia por el lado paterno.

Mientras tanto, el 25 de mayo, un grupo de colegas organizó una adoración nocturna del Ssmo. Sacramento en la Capilla de las Hermanas Carmelitas Descalzas para rogar por las intenciones de la Patria. Era, por supuesto, un acto clandestino. Un número considerable asistió a las plegarias comunitarias e individuales, coronadas, a la mañana, con la Santa Misa.

No sé cómo mi prima se enteró dónde me podía localizar, pero a la salida estaba esperándome. Me trajo la noticia: esa noche, la NKWD había estado en casa de mi tía buscándonos a mi hermano y a mí. Me pasó también los datos de dónde y a qué hora podría encontrar a mi tía para enterarme de los detalles.

Paseando por las calles de esta hermosa y tan querida ciudad de mi cuna, mi niñez y mi juventud, escuché la narración de mi tía. Tres gendarmes de la NKWD, junto con el portero, habían llegado, en plena noche, a las puertas de su departamento. Nos buscaban a los dos y preguntaron dónde estábamos.

Ella, conociendo el idioma ruso, les contestó que no lo sabía porque estaba peleada conmigo y, enojada, decía “pestes” contra mí. Esto fue lo que al final los convenció. Al menos, parecía que le habían creído. O, tal vez, pensaron: “aquí no termina la cosa”.

Cuando mi tía supo dónde yo había pasado la noche, sostuvo que, seguramente, gracias a mis oraciones, ella había podido conservar tanta tranquilidad en la disputa con los gendarmes. Hasta ese momento, no había podido explicarse a sí misma la calma que la había acompañado durante esa “visita”.

La única solución que me quedaba era abandonar Lwow y pasar al lado alemán. Primero, necesitaba conseguir algún documento, cosa que no me causó problemas. Me entregaron una fe de bautismo original, que en Polonia valía de documento civil, con otro nombre y apellido. Desde ese momento mi apellido era Mayer.

Otra cuestión era el tiempo. ¿Qué y cómo hacer para conseguir rápidamente el pase por las comisiones y recibir el permiso? Esperar largas semanas en la cola podría significar que, en el interín, la NKWD me apresara.

Mi prima descubrió que las madres con niños tenían prioridad de paso. Ella tenía ya un número de entrada a la sede de las comisiones. Decidí seguir el mismo camino.

Un matrimonio vecino, amigo de la familia donde yo vivía entonces, me prestó a su hija de 8 o 9 años. El primer día, no conseguí entrar, pero recibí un nú-

mero para el día siguiente. Por las dudas, llevé a la chiquita otra vez conmigo. Era bien despierta y, según mis indicaciones, mientras me atendían los rusos ella salía por otra puerta para esperarme afuera. No quería arriesgarme a que mostraran algún interés o hicieran preguntas sobre la niña.

A los rusos les había dicho que tenía a mi padre en Varsovia y me acordaron el traslado. Los alemanes, cuando recibían a la gente, eran más detallistas. Debatieron mi apellido que, como recordarán, ahora era alemán y me invitaron a anotarme en los trabajos en Alemania. Me di cuenta, al momento, del nuevo peligro que se presentaba: a mi edad enrolaban a la gente en trabajos obligatorios en el Tercer Reich. Expliqué que primero tenía que ir a ver a mi padre y me dieron el pase a Varsovia. Conseguí el pasaje en el tren a Przemysl para el 30 de mayo; era el año 1940.

En los pocos días que me quedaban, hice varias cosas. Lo primero fue despedirme de mi madre quien, desde hacía varios años, estaba postrada en la cama, con una parálisis en la parte derecha de su cuerpo. Después de la muerte de mi padre, en el año 1937, había sido internada en un nosocomio.

Ella no podía hablar pero entendía todo y nos comunicábamos muy bien. Le expliqué qué me pasaba y en qué peligro me encontraba. Aceptó con resignación la idea de que me alejara de Lwow y daba la impresión de que no la convencían mis promesas de que volvería a ella, al cabo de algunos meses. ¡Tuve que sobrellevar lo triste y lo dramático de esta despedida!

Continué los preparativos; guardé el dinero y las alhajas entre la ropa y también, los víveres que llevaría conmigo. Me despedí de mi tía, de mi prima y de los amigos y al subir al tren, por primera vez en mi vida, le di una “coima” al guarda para poder ubicarme en un asiento. La visita al cementerio donde estaba sepultado mi padre, que requería un largo mediodía, la postergué para mi regreso.

Así comenzaba, imprevisiblemente en todos los aspectos, una nueva etapa. Lo que tuve bien en claro en mi mente fue que pasaba de una opresión a otra, pero que –en el fondo– era la misma: la determinación de uno y otro ocupante de exterminar a los polacos. Como expresa el dicho popular: “sobre llovido, mojado”.

CAPÍTULO V VIAJE AL OTRO LADO

Al llegar a Przemyśl, tuve que esperar dos días y una noche a la intemperie, por la cantidad de gente que debía pasar por dos inspecciones: una rusa y otra alemana.

Fue algo muy desagradable, más aún por estar sola. Sin embargo encontré, en uno de los grupos, a gente muy allegada. Pasaron antes que yo por la comisión. Finalmente llegó mi turno y me presenté ante los soldados rusos. Les interesaba saber si llevaba oro y no encontraron nada, pero cuando se fijaron en mis aros –me había olvidado de ellos– tuve que entregárselos. Luego nos llevaron hasta la mitad de un puente ferroviario sobre el río San y allí nos entregaron en manos de la Wehrmacht.

La comisión alemana controló, por su parte, todo muy prolijamente. A algunas mujeres les hicieron un control ginecológico en busca de brillantes (en Argentina, cuando comentaba esto no me creían, hasta que una vez, escucharon a una señora exiliada de Cuba comunista que describió este proceder con más detalles).

Cuando me encontré del otro lado, tomé un tren a Cracovia. Encontré la dirección de mis tíos, quienes en septiembre se habían mudado de Katowice a Cracovia y me alojé en casa de ellos. Me encontré con gente importante de Lwow y, bien informada de lo

que ocurría en esta zona, partí hacia Varsovia a visitar a otras personas.

De vuelta a Cracovia a los pocos días, cambié el domicilio para vivir con gente conocida de Lwow.

CAPÍTULO VI

MOVIMIENTO DE RESISTENCIA

En Cracovia, como en toda Polonia, el movimiento de resistencia estaba en pleno desarrollo. Toda la vida comunitaria exigía nuevas formas de comportamiento. Los ocupantes cerraron los colegios secundarios y las Universidades. Según ellos, los polacos no necesitaban instrucción a ese nivel; les correspondían los oficios y trabajos de la servidumbre. Era un puro imperialismo conquistador con afán de avasallamiento de los pueblos vecinos bajo la famosa consigna “Drang nach Osten”, lo que significa someter a los pueblos del Oriente europeo. Este lema había llevado a las etnias germánicas a emprender guerras desde hacía ya diez siglos.

La prensa polaca fue borrada. Los periódicos y diarios tenían el contenido oficial del ocupante aunque estuviesen escritos en polaco. La falta de información verídica había que cubrirla con ediciones clandestinas.

Otro campo de acción exigía organizar el apoyo y la ayuda a las personas buscadas por la Gestapo. A esta categoría pertenecían los sacerdotes en general, pero los más destacados entre ellos irían a ser fusilados en primera línea. Una constante amenaza pesaba sobre todas las personas sobresalientes en la vida nacional. Había que pensar en su seguridad. Se formó una gran red de ayuda a las familias de arrestados, a los deportados, a los que habían perdido sus hogares,

a los que llenaban las cárceles, a la gente expulsada masivamente de aldeas y ciudades.

Un enorme mérito en la organización de la ayuda humanitaria tuvo su inolvidable promotor: el valiente arzobispo de Cracovia, el príncipe monseñor Stefan Sapieha. Se enfrentaba al Gobernador directamente, sin miramientos, con un gran riesgo personal. A causa de una prohibición, no podía trabajar la Cruz Roja Polaca. Él formó un Comité para ayudar a los encarcelados, movió a Cáritas para alimentar a los pobres de siempre y a los nuevos necesitados de amparo (a menudo gente destacada, intelectuales, profesionales, etcétera). Estaba en todo. Pío XII, después de la guerra, lo honró con la dignidad cardenalicia.

En forma clandestina, se formaron unidades del ejército de resistencia y una red de información para prevenir y defender a la gente del accionar de la Gestapo.

Otro problema fundamental para la vida cotidiana fue el abastecimiento de lo necesario para alimentarse. La misma necesidad ayudó a formar un sistema de producción y distribución fuera del oficial: así empezó a funcionar el mercado negro.

Todos esos apuros y penurias, inclusive la falta de enseñanza secundaria y superior, iba a ser cubierta por el –así denominado– “estado subterráneo”. Éste funcionaba casi a la perfección, fundado en una unidad del pueblo raramente lograda en toda su historia, y hasta llegó a despertar el asombro del mismo ocupante.

Los cuatro principales partidos políticos de Polonia formaron un Gobierno Interino en permanente contacto con aquél que estaba en el exilio en Londres.

Todas esas actividades clandestinas, fuera de la ley impuesta por los alemanes, se pagaban al ser descubiertas, con la vida misma.

Desde un comienzo, me integré a esas actividades y no me arrepiento de ello. Siempre recordaré a un hombre culto, maduro, encarcelado en Montelupich, con seguro traslado a Auschwitz. Arrestado en una redada callejera, sufrió “por nada”, por mala suerte, como él decía. Se lamentaba de no haber tomado otra postura: la de la lucha en el movimiento de resistencia. Entonces, al menos, hubiera sabido el por qué de su sufrimiento y, de ese modo, todo habría tenido otro sentido para él.

Empecé a establecer contactos y a participar en varias actividades; al mismo tiempo, cursaba clases de escritura a máquina y buscaba un trabajo. La perspectiva más viable era un puesto de maestra. Así pasaba el tiempo, no sin fuertes golpes emocionales.

En un día de julio, caminando por el hermoso Boulevard Cracoviense, trazado sobre antiguas murallas medievales, escuché una suave y a la vez profunda música. Me detuve para localizar de dónde venía. La gente miraba en dirección a Wawel, la colina donde se alza el antiguo palacio de los reyes de Polonia. Allí, pegada al palacio, está la Iglesia Catedral.

La famosa campana “Segismundo” estaba a vuelo. Ella tañía sólo en eventos muy especiales,

anunciando al pueblo, durante siglos, que había ocurrido algo importante. El encanto de la melodía era fascinante. Parecía que toda la humanidad se hubiese detenido. Pasados unos instantes, los megáfonos anunciaron la caída de Francia con la rendición de París. Las tropas alemanas habían ocupado una parte del territorio francés. El colaboracionista general Pétain había formado un gobierno títere, en Vichy. Para nosotros, esto significaba otra derrota. Francia estaba aliada con Polonia.

En uno de esos días, entré en una antigua iglesia, de esas que se van hundiendo y cuya entrada está bajo el nivel de la tierra, con escalones de piedra carcomidos por el paso de la gente. Entré para rezar un rato. De repente, “viví” un instante de plena seguridad de que me esperaba el encarcelamiento. Acepté la Voluntad de Dios –este acto de aceptación fluía de la misma seguridad de lo que iba a suceder– pidiendo de todo corazón al Señor que nadie cayera en manos de la Gestapo por mi debilidad. Y el Señor me escuchó.

CAPÍTULO VII MI ENCARCELAMIENTO

El 20 de enero de 1941 caí en el así llamado “cerco” o “caldera” de la Gestapo.

Llegué a la casa de Maryla, una joven estudiante de la Universidad Jagiellónica, que era correo para traer de Varsovia el periódico “Walka” (“La Lucha”). Me abrió la puerta un miembro de la Gestapo. En el comedor, sobre la mesa, habían abierto el paquete con una gran cantidad de ejemplares de la última edición.

Ya estaba presente Stach, un estudiante. Nos conocíamos pero lo disimulamos. En poco tiempo más, llegó Staszek, también conocido. A éste, de entrada, empezaron a pegarle.

A mí me llevaron, en primer lugar, a la cárcel llamada Montelupich. Esta antigua prisión, de tiempos del Imperio de los Habsburgo, despierta mi interés hasta el día de hoy por el origen de su nombre que suena a latín, a italiano y hasta a castellano... “monte de los lobos”.

Se abrió el portón. Atravesamos en auto el patio y la pesada puerta de entrada del edificio se cerró detrás de mí por casi dos años.

Me encerraron en la celda para dos personas número 82, donde ya residían cuatro mujeres. Me presenté y supe de dónde eran y cómo se llamaban esas señoras. Nadie contaba, por precaución, por qué había llegado a ese lugar.

Entonces comenzaron los interrogatorios. Me llamaban de día y de noche para “conversar” de manera “civilizada” sobre una variedad de temas. Había que estar muy precavida para no caer en algunas contradicciones. Me preguntaban por mucha gente conocida, tanto presente en el país, como en Londres (miembros del Gobierno polaco en el exilio).

Al final, los de la Gestapo, disconformes con los resultados obtenidos dijeron: “desde ahora vamos a hablar de otra manera”. Y empezaron los interrogatorios con golpes, bofetadas y porrazos.

Una noche llegué a la celda con el trasero negro por el castigo que había recibido. Mis compañeras de celda me ayudaron y trataron de mitigar el dolor con compresas.

Lo que no puedo olvidar de esa noche es que un guardiacárcel –en esa época no estaba encargada la SS de cumplir esas funciones– que era bávaro en servicio normal de carcelero, me trajo su cena. No la acepté por orgullo. Mis compañeras me lo reprocharon argumentando que el hombre había actuado de buen corazón. Sí... seguramente, pero en aquel momento yo no estaba en condiciones de apreciar su gesto.

El siguiente paso del interrogatorio fue el careo con la joven del correo, Maryla. Asustaba verla con la cara completamente negra, a raíz de las bofetadas y los golpes recibidos. Me la presentaron para que confirmara que ella me entregaba a mí dos ejemplares del periódico Walka, lo cual yo negué rotundamente. Sin embargo, ella confirmó lo que yo tanto negaba. Con-

siderando su estado psicofísico, su estrategia resultaba comprensible y, dado que el cargo para mí era menor, firmé el acta. Tal vez, me hubieran podido dejar en libertad si no hubiese cometido el siguiente error. Cuando me preguntaron cómo tenía yo la dirección de la joven, dije, para no involucrar a nadie más, que la había sacado del Registro de personas (que consulté buscando la dirección de mi tío). Pero, ese Registro ya había cambiado de lugar, cosa que yo ignoraba. Todo se tornaba, de esta manera, muy ambiguo y comprometido para mí. Ahí perdí la partida.

De la gravedad de nuestra causa, investigada por la Gestapo, me enteré pronto. La captura de la imprenta del mencionado periódico en Varsovia fue un acontecimiento de gran relieve. La gente del mismo no se rindió; libró una batalla de unas veinte horas. En ella, cayó muerto el periodista redactor del rotativo. Las valiosas máquinas, que habían sido tan difíciles de conseguir en aquellas circunstancias, se salvaron, pues habían sido sacadas afuera, a tiempo, a través de pasajes secretos. Lo lamentable fue que el personal no se pudo salvar porque el edificio fue incendiado por la Wehrmacht.

Todas estas informaciones, muy importantes para los que estábamos encerrados, se trasmitían de boca en boca y nos ayudaban a ubicarnos durante los interrogatorios.

Ante este panorama se comprende la importancia que daba la Gestapo al eslabón cracoviense. El más afectado por la investigación, de los tres que

fuimos capturados en el mismo lugar, fue Staszek, el que había recibido golpes desde el comienzo. El otro muchacho, Stach, se encontraba en una situación parecida a la mía.

A Staszek lo encadenaron a la pared de una celda que estaba arriba de la nuestra. Por eso escuchamos los gritos, los golpes y los gemidos. Para sacarle información sobre su hermano, un importante dirigente de la resistencia en Cracovia, fue torturado cruelmente. No consiguieron doblegarlo y lo atormentaron hasta provocarle la muerte. Fue un preclaro ejemplo de héroe humilde y anónimo...

Terminado el periodo de investigación, a principios de abril, me propusieron un trabajo en la lavandería. Se trataba de lavar a mano la ropa de la gente de la Gestapo. Acepté para poder salir durante el día de la celda cerrada. Acostumbrarse a semejante trabajo no era cosa fácil. Además me resultaba humillante, por ser para la Gestapo.

En esos días, nos llegaron por los altavoces las noticias de las nuevas conquistas de la Wehrmacht. Otro punto estratégico, los Balcanes (Grecia y Yugoslavia) habían sido ocupados por Mussolini y Hitler respectivamente. Todas novedades deprimentes...

Mientras tanto, alguien me ayudó y me sacó de la lavandería para pelar papas en la cocina. ¡Con esto, mejoró mucho mi situación!

En poco tiempo, las autoridades de la prisión decidieron instalar una lavandería industrial en los sótanos de Montelupich. Me preguntaron si acep-

taría el cargo de dirigir este trabajo que, desde ese momento, abarcaría solamente la ropa de los presos. La propuesta era interesante: salía a la celda abierta y podía tener posibilidades de hacer contactos con la gente encerrada. Acepté. Estudié las instrucciones para poner en marcha la empresa. Un equipo de seis mujeres y un hombre constituía el grupo de trabajo. Las tareas pesadas, como cargar carbón para calentar agua en la caldera, poner la ropa en remojo y atender el buen funcionamiento de las instalaciones, recaían en el hombre. La ropa llegaba atada en paquetes individuales y volvía limpia y arreglada de la misma forma.

Con estos cambios, la Gestapo evitaba mandar la ropa a los familiares y cancelaba así el flujo de las informaciones. Sin embargo, como nada hecho por el hombre es perfecto, con ese aislamiento, se cambiaron sólo los factores de contacto.

En el trayecto, cuando yo salía de la celda cerrada a trabajar, pasaba necesariamente frente a las oficinas situadas en la misma ala derecha de la planta baja del edificio. Por eso, tuve la oportunidad de ver a la gente recién traída de la ciudad; de pie cara a la pared, esperando su turno para entrar al despacho donde se hacía el registro e inicio de la investigación. Se escuchaban los gritos y gemidos de los arrestados. Estos lamentos llegaban hasta nuestra celda tanto de día como de noche.

Una vez vi parado a un hombre solo, muy elegante y de aspecto intelectual. En un momento dado, cayó

al piso. Una revuelta en las oficinas, entre la gente de la SS, nos indicaba que había pasado algo inusual. Sí, éste era un caso excepcional. El hombre tomó cianuro y murió. A pesar de toda la guardia que lo vigilaba, había hecho lo suyo. El veneno lo tenía debajo de la epidermis de la muñeca. No estaba esposado. En la celda rezamos todas por el eterno descanso de ese suicida que, de seguro, sabiendo mucho sobre la gente y las estructuras de la resistencia, no quería arriesgarse y, tal vez, no se sentía con fuerzas para pasar por el fuego de las pruebas. ¡Otro héroe desconocido! Entregó su vida para proteger a otros.

CAPÍTULO VIII

ATAQUE ALEMÁN A LA URSS

El 22 de junio –era el año 1941– nos llegó una explosiva noticia. Hitler había roto su pacto con la Unión Soviética y había atacado Rusia. Las tropas alemanas en un avance relámpago ganaban terreno. Stalin se sintió traicionado y sumamente sorprendido. La Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas no estaba preparada para esta nueva guerra.

Mi Lwow pasó ahora a manos alemanas. Me llegaron más tarde las informaciones de lo acontecido en la prisión de Lwow, Brygidki, donde se encontraban amigos míos: una chica y un varón.

Cuando estalló la lucha debido al ataque alemán, los guardiacárceles rusos abrieron todas las celdas y el portón de la cárcel. Algunos presos aprovecharon para escapar, otros, sospechando alguna trampa, se quedaron. Entre estos últimos se encontraba una compañera mía de la secundaria. Al abandonar la cárcel los rusos la mataron de un tiro en la nuca, a ella y a tantos otros también. El muchacho logró escapar.

En la ocupación de la ciudad tomaron la avanzada los grupos extremistas ucranianos, a los que ya me he referido. En base a los lazos existentes y a las promesas de los alemanes, siendo instruidos y preparados por el ejército y la Gestapo germana, pretendían y esperaban tomar en sus manos todo el poder, edificando así y desde ese momento, la Gran Ucrania.

Pero sus protectores no tenían tanto apuro; arrestaron a toda la cúpula de los dirigentes y los llevaron a Montelupich, donde yo estaba. Pude hablar con algunos de ellos. Estaban abatidos por fuertes sentimientos de amargura y desilusión.

Las victoriosas conquistas de la Wehrmacht marcaron el apogeo de Alemania y provocaron un cambio fundamental en las alianzas. Rusia soviética pasó al campo de sus anteriores adversarios. A fines de ese año los Estados Unidos de Norteamérica entraron en la guerra a raíz del sorpresivo ataque japonés a su base en el Pacífico, Pearl Harbour, el día 7 de diciembre.

Entonces se estableció una nueva coyuntura político-militar. Los norteamericanos, impulsando ante todo su industria bélica, se apresuraron a abastecer de pertrechos a las fuerzas armadas de Rusia, equipándolas con las más modernas armas. Así, los aliados prepararon los dos frentes: el occidental y el oriental, para encerrar a los alemanes entre dos fuegos y obligarlos a la capitulación incondicional al terminar la guerra.

El cambio de las alianzas creó algunas situaciones incómodas para los aliados. Es evidente que los problemas más agudos se presentaron para el Gobierno Polaco en el exilio. ¿Qué posibilidad habría, entonces, de negociar con el “nuevo aliado” ruso la situación de la población que había sido “arrancada de su tierra” y llevada a las repúblicas de Kazajstán y Kirguistán; la de la gente encerrada en los campos de trabajos forzados (gulags) a lo largo de toda Siberia, desde

los Urales hasta Kolyma y Kamchatka, y también la de la gente que permanecía en las cárceles soviéticas, juzgada o sin juicio por el solo “delito” de haber nacido polacos? Y...¿el caso de los prisioneros de guerra (supuestamente protegidos por los tratados internacionales de Ginebra) dados por desaparecidos?

En consecuencia comenzaron las conversaciones entre el Gobierno Polaco en el exilio y los rusos. Stalin aceptó liberar a todos los prisioneros; reclusos, presos y cautivos. Aquellos que recibieron esta voz de libertad y estaban en condiciones físicas, se desplazaron y, sin ninguna ayuda del Gobierno Soviético, trataron de llegar a los centros formados por los enviados militares de Londres. Intentaban incorporarse a las unidades polacas del ejército. Estas oficinas de reclutamiento se encontraban al sureste de la URSS, en los límites con Irán. Allí se formó el II Cuerpo bajo el mando del General Anders. Las mujeres aptas para el servicio militar también fueron incorporadas. Las otras y los niños encontraron una celosa protección y ayuda.

Trasladados de Rusia a Irán y más tarde a Palestina pasaron la etapa de recuperación física, organización y formación militar para entrar de lleno en los combates de África. En heroicas luchas midieron fuerzas con las famosas formaciones de la Wehrmacht bajo la comandancia del general Rommel. Ganado este frente, los polacos pasaron luego a Italia para tomar parte en su liberación. Pero esto ocurrió en 1944.

Volviendo al período 1941–1942, los historiadores confirman que Stalin pronto se dio cuenta de lo que perdía, con esa estrategia, en términos de recursos humanos polacos y frenó la corriente al sur. Formó un cuerpo militar polaco incorporándolo al Ejército Rojo.

La división, con el general polaco Berling a la cabeza, tomó parte en toda la campaña del frente oriental y luego llegó a tener la satisfacción de apoderarse de Berlín y plantar la bandera polaca en el Reichstag.

Otro problema muy grave que se presentó con la nueva situación político–militar fue el territorial. Polonia exigía la devolución de la franja ocupada por la URSS en 1939. Los aliados deberían haber apoyado estos reclamos pero, en cambio, se dejaron influir por las sugerencias del dictador soviético para postergar esa cuestión hasta el final de la guerra. No obstante, el problema fue tratado en las conferencias en Teherán (1943) y Yalta (1944).

CAPÍTULO IX

MONTELUPICH – LA LAVANDERÍA

El paso obligatorio de las mujeres frente a las oficinas, y el constante aumento de arrestadas motivó el traslado de la sección femenina a una prisión improvisada. Era una casa de dos pisos frente a la cárcel, con amplio espacio verde y autonomía en la cocina y la lavandería. Nuestro grupo de trabajo quedó en Montelupich. Nos ubicaron en una celda abierta en el lado izquierdo de la planta baja. Eramos cinco mujeres, cada una con su cama. Como yo acostumbraba hacer en estos casos, elegí la cucheta del piso superior. Así tenía una sensación de espacio más abierto: era como si estuviese más libre, con más aire y un horizonte más amplio. Al acostarme me aislaba del ambiente de mis compañeras, que cuchicheaban; con la cara hacía la pared y el oído tapado con una pequeña almohadilla, me trasladaba a otro mundo, encerrándome en mis pensamientos y sueños, y también en mis oraciones. Eran momentos de descanso y relajación.

La lavandería empezó a trabajar a pleno, con una perfección cada vez mayor en su funcionamiento. Las relaciones humanas dentro del equipo se afianzaban en simpatía, amistad y sobre todo, en solidaridad. Impresionante era la unidad que reinaba entre todos los prisioneros. No entraban en juego miramientos de diferencias políticas ni religiosas o sociales.

Además, el ayudar a los demás era una regla general que “vivía” toda la gente; cada uno, según su personalidad. En las celdas cerradas lo importante era el carácter de cada individuo, sus conceptos, su modo de convivir. Con todo, era necesario también una dosis de cautela frente a cualquier posibilidad de la presencia encubierta de confidentes de la Gestapo. Esos casos fueron rarísimos, pero ocurrieron.

La prisión permanecía llena de gente. Todos estaban allí por su participación en las actividades de la resistencia. Grandes grupos de diferentes signos políticos cayeron en aquellos meses en manos de la Gestapo.

Desde la lavandería, con relativa facilidad, podíamos ubicar personas a las que era necesario pasar algunos datos, algunas informaciones. Casi siempre, una de nosotras tomaba parte en la distribución. Con frecuencia iba yo, o alguna otra interesada en encontrar a alguien en particular. Por mi parte, la regla que hacía cumplir a rajatabla era la obligación de comunicar lo necesario verbalmente y nunca por escrito. A menudo la gente era imprudente y así se perjudicaba no sólo a sí misma sino también a su destinatario.

Todos los fines de semana la Comisión formada por el Arzobispo de Cracovia traía paquetes que mandaban los familiares a sus presos. Para todos, la Comisión, por su parte, traía además una comida adicional. Eran sandwiches o tortillas. Contenían de todo. Era impresionante comprobar cómo se las ingeniaban para hacerlas riquísimas y bien nutritivas. Leche y

remedios encargados por los presos figuraban en la agenda de este meritorio cuerpo social.

Las encomiendas mandadas por las familias eran sometidas a control. Una vez estaba presenciando, junto a otra chica, tal revisión, que llevaba a cabo un oficial de la SS al abrir un paquete, se cayó un “gryps” (una cartita, una nota escrita en papel finito y con letras muy pequeñas). El hombre nos miró, metió el papelito adentro y cerró el paquete. Es decir que él había pasado “algo” prohibido a la celda cerrada. El comportamiento del muchacho nos sorprendió. ¿Era bondadoso o quería mostrar su confianza en nosotras? ¿O ganar nuestra confianza? ¿Llegó la noticia al destinatario o se quedó en la oficina? Nunca nos enteramos del desenlace. Lo que sí advertimos es que ese muchacho facilitaba contactos cuando acompañaba la distribución de la ropa. Era de nacionalidad alemana pero de ciudadanía polaca; había nacido en Polonia, cursado escuelas polacas y llegado al servicio en la Gestapo porque le faltaba un dedo y eso lo hacía inepto para el servicio militar regular.

En esa temporada, tuve un problema serio a raíz de una muela infectada. Se me hinchó la cara y era necesario sacar esa fastidiosa muela. No había ninguna posibilidad de salir a un consultorio de la ciudad. En la misma cárcel atendía un médico conocido, cracoviense, prisionero, entusiasta del fútbol, quien tuvo la suerte de poder organizar dos partidos en el patio de la prisión. Los de las celdas abiertas podían presentarse e intervenir en el juego. Este médico atendía a todos y

a todo. A mí me tuvo que extraer la muela ¡sin anestesia! No había otro remedio... Esa operación me causó un dolor casi insoportable en la cabeza entera, el cual duró varios días. Algunos restos de esa muela me los extrajo un dentista, al finalizar la guerra, en Londres.

Una noche, muy tarde, de vuelta del trabajo y al subir la escalera frente a la entrada del edificio, vi ingresando a dos oficiales de la SS con una chica. Nos miramos y por los ojos la reconocí. Sus ojos negros eran grandes y hermosos: era Olenka. Le hice un signo de silencio, poniendo discretamente el dedo sobre la boca. La traían de una cárcel muy dura de la región de Lublin donde había permanecido sola, con su bebida de meses, en un sótano húmedo. Por ese entonces, en Montelupich, estaba prisionera una persona muy conocida: el señor A. Grembosz. Este era ya el último de nuestra causa de la editorial "Walka". A Olenka la traían, posiblemente, para una confrontación con él o, tal vez, estuviese ya en tránsito a Auschwitz. No sé cuánto tiempo estuvo en Montelupich (supongo que poco) ni cuándo la sacaron.

El siguiente episodio, está también relacionado con la persona del Dr. Grembosz. El ya mencionado oficial de la SS, que conocía perfectamente el polaco, me indicó una vez, directamente, que yo llevara la ropa para su reparto. En el segundo piso abrió una celda. Yo no reconocí a nadie ahí presente. Entonces, llamó a uno. Cuando éste salió, el oficial de la SS lo nombró por su apellido y me ordenó pasarle un cigarrillo.

Así, conocí a esa persona tan importante a la que veía personalmente por vez primera y última; pronto murió en Auschwitz. Me horrorizó ver su brazo izquierdo inválido. Pero ese era ya otro tema. En realidad, ese encuentro pretendía ser una confrontación encubierta para “pescarme” a mí.

En ese tiempo había muchos traslados a los campos de concentración. La mayoría iba a Auschwitz (Oswiecim), situado a sesenta kilómetros al occidente de Cracovia, otros, a los campos de concentración en Alemania. Fueron numerosos esos lugares, por todos lados en Europa, donde la bota de la Wehrmacht pisó la tierra.

Ya habían llegado los primeros fríos del invierno cuando estalló la epidemia de tifus. Un gran susto dominó a las autoridades y a la gente en general. Desvistieron a todo el mundo en las celdas y trajeron la ropa para un urgente lavado. Nos pusimos a trabajar sin pausa, día y noche, pensando en los que se morían de frío en las celdas. Esta actitud nuestra despertó asombro entre la gente de la Gestapo y nos preguntaban por que trabajábamos con tanto ahínco; sin respirar. Se notaba su silenciosa admiración. Nos dejaron trabajar como queríamos.

Otro de esos días tuve que pasar por las oficinas, por asuntos de administración y vi algo que me asustó y casi desesperó: un hombre había sido colgado en forma de cruz sobre la puerta de rejas en el ala derecha, donde antes teníamos las celdas. La impresión fue muy grande. Y esa vez, no lo recuerdo bien, no sé

si no me habrían llamado adrede de la oficina, pues yo normalmente presentaba los asuntos por medio de algunos oficiales de la SS que cumplían su recorrido. Puede ser que lo hicieran a propósito de alguna investigación o para asustarme...

CAPÍTULO X

NAVIDAD DE 1941

En tanto llegó la Navidad. El día 25 se despertó con sol radiante. Los guardias abrieron las celdas y dejaron a los presos salir a los corredores. Yo estaba abajo y, mirando hacia arriba, vi una imponente escalera caracol y a mucha gente. Alguien empezó a cantar villancicos y se le unieron todos, los de ambos pisos. ¡Un coro improvisado, hermoso, con un tenor de voz maravillosa...! Cantábamos unos villancicos tras otros. El lugar de torturas, sufrimiento y muerte se llenó de alabanzas a Dios, de la exaltación de su Nombre. El Espíritu Santo penetraba los corazones llenándolos de paz, optimismo y esa seguridad de que Dios Padre nunca abandona a sus hijos, ya sea en la vida o en el momento de la muerte. La vivencia fue conmovedora y a más de uno le hizo saltar lágrimas, aumentó las fuerzas para enfrentar lo que todos esperábamos: el traslado al campo de concentración.

Regularmente llevaban a los grupos de presos al baño de duchas situado al lado de la lavandería; entonces aprovechábamos para pasarles unos trozos de pan y algunos cigarrillos. Los oficiales de la SS lo detectaron una vez y me encerraron en la cárcel de las mujeres que yo, hasta entonces, no conocía. Las celdas eran grandes para 20–30 mujeres con los colchones de paja tirados sobre el suelo, uno al lado del otro. Para mí esa fue una prueba dura que duró,

por suerte, sólo dos días. Me llamaron de vuelta a la lavandería porque en esos días había dejado de funcionar. ¿Qué pasó?

¿Cómo ocurrió esto? El fogonero que trabajaba con nosotras había realizado un pequeño sabotaje y la máquina se había parado. Era electricista y conocía el trabajo. “Dándose importancia” arregló luego la falla.

Ya en el verano, una de las señoras que trabajaba conmigo me pedía con insistencia, presionándome con unos argumentos rebuscados, colocar un “gryps” en un envoltorio de la ropa limpia a fin de llevarlo a la celda. Yo, personalmente, controlaba y ataba los paquetes y nunca permitía poner ninguna nota. Facilitaba otro tipo de contacto menos éste. Esta vez, cosa extraña, nos hicieron pasar con la canasta por la oficina. Allí empezó el control de envoltorios. Resultó evidente que esa mujer que insistía hacer lo prohibido, era una confidente de la Gestapo.

Llegaba ya el otoño; era notable cómo en esa época de encierro, de separación de la naturaleza, la gente vivía adaptándose a los cambios de temporada, como si éstos fueran el último reloj válido para la vida. Entonces me llamaron para ayudar a una mujer enferma. Estaba acostada en la celda en la que yo había vivido al principio, que ahora era abierta; me dejaron a solas con ella. Me contó que la habían arrestado por tener un hermano sacerdote, muy conocido, benemérito de la Patria en la región sureña de los Cárpatos, de los Tatry. Ella, Josefa Machay Mikowa, había sufrido durísimas indagaciones y ahora, enferma, no sabía

qué suerte le esperaba. Vinieron con una camilla y se la llevaron a la oficina. Después me enteré de que allí recibió una inyección y falleció. Vi cuando sacaban el cadáver por la puerta de entrada. La gente me contó luego que su posición en la resistencia era importantísima, que la habían llevado de una cárcel a otra, que pasó un largo tiempo sola y desnuda en una celda oscura, húmeda, en los sótanos de Montelupich. Otra persona, una mujer, que entregó su vida, fiel a sus nobles ideales.

Durante el año 1942 Montelupich se caracterizó por llevar a cabo el traslado de los últimos presos del año anterior a los campos de concentración: la mayoría a Auschwitz. La cárcel de Montelupich se llenaba ahora de gente apresada en las redadas callejeras, o en las estaciones de trenes, por contrabando. Ellos traían de las aldeas vecinas alimentos: chanchitos, pollos, huevos, harina, fiambres etc. Vivían de eso y abastecían el mercado negro. En tránsito, también pasaban por Montelupich grupos de campesinos expulsados de sus casas, con todas sus familias; desterrados.

A nuestro fogonero lo mandaron a Auschwitz. Para sustituirlo, me preguntaron desde la oficina a quién sugería; quién podía trabajar en la lavandería. Esta consulta parecía una trampa, ellos debían saber eso mejor que yo. Sin embargo, arriesgué. Estaba enterada de que, de los grupos anteriores, había quedado un socialista encadenado, y lo nombré a él.

Con este nuevo fogonero conversamos mucho. Nuestro trabajo nos dejaba momentos libres permi-

tiendo así la charla. Tocábamos una gran variedad de temas, pues nos interesaba todo. Teníamos distintos puntos de vista, distintos principios, distintos axiomas. Era una persona que rotundamente negaba la existencia de Dios. Materialista, cerrado mentalmente a todo pensamiento metafísico, parecía incapaz de entenderlo. Era la primera vez que me encontraba frente a una personalidad de tal índole. Las disputas, sin embargo, eran interesantes.

Después de terminada la guerra, este fogonero fue, durante la época de Stalin en la URSS, miembro del Gobierno polaco comunista y durante varios años estuvo en la función de primer ministro. Llegó a hacerse tristemente famoso por mandar al ejército en contra de los obreros manifestantes, que reclamaban —en el año 1956— pan y mejores condiciones de trabajo. La pobreza de esos años de posguerra era enorme y las condiciones de trabajo, infrahumanas. ¡El ministro los amenazó con cortarles las manos! Fueron nuevamente años de terror y espanto en Polonia, esta vez, en el “paraíso marxista”.

El tercer fogonero también salió de la celda cerrada a pedido mío. Era oficial de carrera, muy cauto al hablar, tal vez entonces el último, de mi conocimiento, prisionero por causas políticas en Montelupich. Éste quedó ahí cuando yo salí rumbo a Auschwitz. Según las informaciones que me llegaron, lo trasladaron a otra prisión de Cracovia y, más tarde, lo liberaron.

CAPÍTULO XI

MI TRANSPORTE A AUSCHWITZ

Mi prolongada reclusión en Montelupich, el trabajo duro en el sótano, los vapores propios del lavado de la ropa sucia, el enclaustramiento sin aire fresco, sin movimiento o paseos de recreo, me pesaban cada día más y mi salud se deterioraba, más aún, porque siempre he sido delicada de los bronquios y pulmones.

Mientras tanto alguien comentó, en forma semioficial, que teniendo en cuenta tanto tiempo de trabajo, podía obtener, primero, el cambio de cárcel por una menos rigurosa y después, la liberación. Para eso tenía que escribir una carta pidiendo la reconsideración de mi causa judicial. Lo hice sabiendo que si no conseguía una respuesta positiva me esperaba un inmediato traspaso a Auschwitz. Preferí arriesgarme en el sentido de motivar la eventual aceleración de los acontecimientos que, de todos modos, eran inevitables.

Entre las diversas categorías de cárceles, la de Montelupich era de “encausados”. Sus instalaciones servían para ubicar ahí a la gente recién arrestada. Allí la Gestapo desarrollaba sus investigaciones e interrogatorios. Hacía sumarios y dictaba sentencias. Allí tenían los instrumentos de torturas, las celdas oscuras y húmedas en los sótanos, y todas las armas necesarias para doblegar a la gente.

Lo más temible era la inesperada apertura de la causa ya terminada. Nuevos interrogatorios, indagaciones, careos, castigos. Esa posibilidad causaba pánico a todo el mundo. La Gestapo era capaz de traer a la gente de vuelta desde diversos campos de concentración para profundizar sus investigaciones.

Mi permanencia en Montelupich ya era demasiado prolongada, llevaba 20 meses. Las reglas respetadas en todo el mundo dan a los encarcelados que trabajan y tienen una conducta correcta las ventajas de ser beneficiados con un régimen más flexible, un cambio de cárcel, la reducción de la pena o la liberación. Sí o sí, mi situación tenía que cambiar.

Pasé la nota. En dos meses dieron mi causa por concluída y el 11 de noviembre de 1942 me llevaron a la celda desde donde se esperaba la partida para Auschwitz.

La noche de la vigilia, medité sobre lo que me esperaba y adopté una determinación muy importante: no tomar nunca en el campo el agua corriente porque, entre otras causas, la enorme mortalidad era provocada por el agua de las primeras napas llenas de bacterias que traían lo que en alemán llamaban “durchfall” o una irreversible diarrea.

Al día siguiente, cubrimos los sesenta kilómetros, en dirección al oeste, que nos separaban de este famoso campo de exterminio: Auschwitz (en polaco la ciudad se llama Oswiecim). Allí, en los antiguos cuarteles del ejército, habían iniciado los alemanes, en el año 1940, la instalación de este centro. A una

distancia de tres o cuatro kilómetros fundaron, en la primavera de 1942 la “aldea” para mujeres. La levantaron en el lugar donde habían concentrado, en el invierno de 1941–1942, a los prisioneros de guerra soviéticos. Varios miles, sin techo, sin alimentos, sin atención ni ayuda de ninguna naturaleza, murieron y sus restos quedaron aplastados ahí, en el mismo suelo, sin sepultura alguna.

Aquí puedo mencionar algo que realmente parece de novela. En Rosario, Argentina, ciudad en la que vivo, me encontré una vez, con un hombre integrante de la colectividad armenia, quien había pertenecido a ese grupo de prisioneros de guerra. Con verdadero interés charlé con él ... en verdad con un dejo, una pizca de desconfianza. Me contó cómo había salido de ese grupo y cómo la suerte lo acompañó hasta el fin de la contienda. Se trataba de un ingeniero veterinario armenio que se había salvado no por un solo milagro, sino por “varios y muchos”, yo diría.

Ese campo de concentración para las mujeres se llamaba Birkenau en alemán y Brzezinka en polaco. Lo poblaban mujeres de todos los países europeos que sufrían la ocupación alemana. Las polacas representábamos la mayoría absoluta.

La primera tanda de víctimas llegó de Eslovaquia. Eran mujeres judías. A ellas les correspondió organizar el campo, bajo la dirección de la Gestapo. Por esta razón ocuparon los puestos directivos de “capos” en barracas y oficinas.

Los investigadores alemanes formaron, con las jovencitas de este contingente de mujeres, los grupos de “conejiillos” para los experimentos “científicos” sobre la fertilidad femenina. Dan ganas de preguntar: ¿eran ésas las primicias de las actuales manipulaciones genéticas?

No recuerdo los detalles del viaje ni del trayecto.

Lo que tengo fijo en mi memoria es la entrada principal al campo masculino donde figuraba la inscripción: ARBEIT MACHT FREI lo que significa EL TRABAJO TE HACE LIBRE. Todas sabíamos que era una mayúscula y cínica mentira. El trabajo en ese lugar servía para mortificar a la gente, explotarla hasta el punto de que, en determinadas circunstancias, se les provocaba la muerte. Lo expresaban las mismas palabras que se agregaban, al mencionarse el nombre del lugar: “campo de exterminio” de Auschwitz.

Después de pasar por los registros llegamos caminando a Birkenau, nuestro lugar de destino.

CAPÍTULO XII LLEGADA AL CAMPO DE EXTERMINIO

El 12 de noviembre, el otoño estaba avanzado. Los días lúgubres, lluviosos y fríos. Primeramente, al cruzar la entrada, nos pasaron revista y nos contaron: era un control para que nadie se perdiera, escapara o evadiera. “Las cuentas siempre tenían que cerrar”. Los responsables por cada NÚMERO eran la gente de la SS.

Terminado este formalismo nos dirigimos al otro extremo, pasando por el camino único y principal del campo. Nos topamos allí con una cuadrilla de trabajo judía. Se distinguía por la estrella de David que llevaban sobre el brazalete y en el pecho de la chaqueta. Gente en ropa del campo, harapienta, llamada en nuestra jerga “musulmanes” o sea: al borde de la muerte. Lo más sorprendente de todo era el trabajo que ejecutaban. Cada uno con la escudilla que le servía para recibir la comida, sacaba el agua de la cuneta de un lado de la vía y la vaciaba en la del otro lado: era un trabajo de desgaste. A lo largo del camino se veían muchas hogazas de pan tiradas. Me preguntaba: gente que se muere de hambre y, sin embargo, tira el pan... ¿qué significaba esto? Pronto constaté que era incomible: crudo, parecía de afrecho de madera. Con el tiempo el pan mejoró.

Paramos frente a los baños para sacarnos los piojos y cambiar nuestra ropa por la del campo. Nos

desvestimos al aire libre, pasamos por el baño de vapor y salimos para esperar un largo rato. Recibimos vestido, chaqueta, zapatos con suela de madera y tela, pañuelo para la cabeza y ropa interior. El uniforme era de colores celeste y gris, a rayas verticales.

Entre las personas que nos atendían encontré a mis conocidas de Montelupich y, gracias a eso, pude salvar algunas cosas pequeñas pero significativas para mí. Esa suerte le tocó a mi librito de oraciones que mi prima me había mandado a la prisión. Fue el regalo de Primera Comuni3n que ella había recibido de su abuela materna. El peque1o pero bien completo devocionario “sobrevivi3” innumerables pesquisas, revisiones e inspecciones; me sirvi3 a m3 y a otras personas, y hoy en d3a a3n lo conservo como una reliquia.

Nos ubicaron en una barraca. Para dormir me toc3 el peor lugar: la litera de abajo, directamente en el piso, embarrado y con una frazada h3meda. Me quité las botitas y las puse a mi lado. A la ma1ana no las encontr3: me las hab3an robado. El primer d3a empezaba con una amarga experiencia. Con dificultad, encontr3 dos viejos zapatos de diferentes pares; por ah3 tirados.

A continuaci3n nos llevaron caminando al campo de los hombres en Auschwitz, para registrarnos, sacarnos fotos y otorgarnos los n3meros. All3 me encontr3 con el fogonero de Montelupich (el socialista) quien trabajaba en esas oficinas. Prometi3 mandarme zapatos y vacunas contra el tifus. En pocos d3as, me los entregaron. As3 funcionaba la parte marginal de ayuda

y protección mutua; de contactos e informaciones y, también de comercio: todo prohibido.

El número que recibí era el 24429.

Cuando llegué a Birkenau (Brzezinka en polaco), ese centro apenas contaba con algunos meses de existencia. Todo estaba por hacerse. Sólo había un pozo con agua que se encontraba frente a la cocina. Estaba prohibido sacar agua de allí. Había que arriesgarse y una se arriesgaba. ¡Resultaba duro! Tampoco había luz eléctrica y las pocas lámparas de querosén que había, las tenían las “Capos” en sus oficinas y lugares de distribución de comidas. La gente por ahí conseguía velas. Las cuadrillas de electricistas de Auschwitz, prisioneros, venían todos los días a trabajar en la instalación de la red. Otras cuadrillas trabajaban para cubrir las múltiples necesidades del lugar que habitaba tanta gente.

CAPÍTULO XIII

LA VIDA EN BIRKENAU

Los primeros días los pasé trabajando afuera, en la construcción de caminos. Este se consideraba el peor trabajo. Mal tiempo, trabajo pesado y trato inhumano por parte de los SS; hombres y mujeres que se servían de perros policiales para atemorizar a la gente.

Mis amigas de la cárcel sólo pensaban en ayudarme. Ellas habían llegado en los transportes anteriores y estaban ya “cómodamente” ubicadas. Así pude presentarme para trabajar en la oficina principal. Perdí, sin embargo, el concurso de escritura a máquina, por lo tanto, no conseguí ese trabajo. ¿Qué otra suerte podía esperar? Tanto tiempo sin tocar una máquina y ahora, con las manos congeladas... Pero entré como secretaria en una de las barracas de “Revir” o sea del hospital.

Esta barraca construída de material tenía, como todas, tres pisos de literas hechas con troncos, las cuales, a su vez, tenían colchones de paja y unas mantas. El piso de tierra era barroso y para la desinfección lo cubrían con cloro en polvo. Esto afectaba muy seriamente los ojos y las vías respiratorias. Como dije, no había todavía luz eléctrica, la barraca era muy grande y estaba colmada por enfermas de las más diversas enfermedades, ahí juntas, metidas de a dos y hasta de a tres en una litera. Las noches eran tremendas por la oscuridad. Una pequeña luz de la lámpara de quero-

sén en el rincón de la “Capo” no bastaba. Los gritos, quejas y gemidos de las personas enfermas, a quienes nadie podía ayudar, eran desgarradores. Los orinales caían de arriba ensuciando a las personas de las literas de abajo, de ahí las peleas; en fin, un infierno. Recién la luz del día traía algo de orden permitiendo a las enfermeras, por lo menos, escuchar a las enfermas, entregar alguna aspirina, dar un vaso de té o agua.

Mi trabajo me ocupaba poco tiempo. Tenía que llevar la lista de control de entrada y salida de las enfermas.

Elegí, en la zona para el personal, una litera en el segundo piso, el de más arriba, donde ya había tres chicas de Lublin. Era una compañía muy agradable.

Un día, a estas chicas las llamaron de la oficina principal. Por la noche no volvieron. Al día siguiente, pregunté a la “Capo” qué tenía que hacer, cómo podía registrar la ausencia de las chicas. Me dijo que no tocara el asunto, que lo olvidara y no lo comentara. Eso me preocupó. Al salir de la barraca, una hora más tarde, me llamó otra “Capo” que estaba frente a una carpa. Levantó el ala de la carpa y me mostró, sin decir palabra, la pila de cadáveres: puros huesos con piel. Encima de ellos vi los tres cuerpos lindos y sanos de mis compañeras. La “Capo” cerró la carpa y puso la mano sobre su boca; yo incliné la cabeza y, sin decir palabra, me alejé. Alguna de mis allegadas que tenía gente de confianza en las oficinas, me aclaró que las chicas de Lublin tenían graves causas relacionadas con la tenencia de armas y habían llegado a Auschwitz

con condenas judiciales del Tribunal de Guerra. La condena de muerte había sido ejecutada mediante una inyección de formol en el corazón.

Me pesaban los días sin hacer casi nada. Empezaba a darme cuenta de que aquí no tenía oportunidad de desarrollar alguna actividad, como en Montelupich. Sin embargo comencé por ir de una litera a otra, de la zona separada para el personal, para ver quiénes las ocupaban. Encontré muchas vacías pues sus ocupantes trabajaban, pero en una... me miraron unos ojos grandes, negros... y reconocí, por segunda vez a Olenka. Estaba exhausta, no quería moverse ni hablar. Desde hacía varios días no recibía comida ni bebida. Yo me preguntaba por qué la habrían separado en ese lugar de la barraca. ¿Para que muriese olvidada? Inmediatamente, la trasladé a mi litera y me ocupé de ella. Ya restablecida fue a otra barraca. Supe que salió de Auschwitz a salvo.

A la noche, de uno de los primeros días de diciembre, me puse a rezar con mi librito. Me acerqué a la litera de al lado, donde una señora judía tenía una vela prendida. Me observó un rato largo y, al fin, me preguntó si estaba rezando. Se lo confirmé. Entonces me regaló tres velas y me dijo que ella sabía que la llevarían a la cámara de gas y me pidió que rezara por ella cuando muriese.

El día siguiente, hermoso día de invierno, con sol y con la tierra engalanada de blanco, nos sorprendió con una alarma a media mañana. Toda la gente presente en las barracas tuvo que salir. La Gestapo hizo

una redada de mujeres judías llevándolas a la barraca número 25; la de la muerte.

Terminada la pesquisa, las llevaron en camiones abiertos en dirección del Crematorio. Los gritos, lamentos y maldiciones llenaron el aire. En uno de los camiones reconocí, parada al borde, una compañera de Montelupich que, tranquila, saludaba con la mano.

Por la noche, al lado de la litera vacía, con la luz de la vela, yo seguía rezando.

Esto que acabo de contar, tuvo lugar entre los días 5 y 6 de diciembre. Lo recuerdo tan exactamente porque el día 6 es el día de San Nicolás que, desde siglos, es festejado en aquellas regiones por los niños. El santo los visita en compañía del ángel y del diablo; les trae lindos obsequios, y también averigua si saben rezar o... los reta si no se portan bien. Así, el calendario ayudaba a ordenar los acontecimientos y... ahora a recordarlos.

Me parece que, a esta altura, conviene describir el proceder practicado por los nazis para el exterminio masivo de la gente. La llevaban desnuda a los baños simulados donde de las duchas emanaba un gas mortífero. Las personas asfixiadas, ya muertas, caían, deslizándose sus cuerpos por el piso inclinado, hacia un horno. Las cuadrillas que ahí trabajaban eran de judíos quienes, cada tanto, terminaban sus vidas del mismo modo; dando así lugar a otro equipo.

Después llegó el tiempo feo y, como a propósito, las autoridades decidieron un “Entlausung” general, incluido el personal de “Revir”. ¿Qué era eso? Todo

el mundo tenía que entregar su ropa para despiojarla. Esto significaba estar parada varias horas desnuda al aire libre. Esta operación trajo un sinnúmero de fallecimientos. A mí también me afectó. Con fiebre alta y leve diarrea tuve que internarme en otra barraca del hospital. Ésta era distinta. Construída de madera, tenía camas de tres pisos, puestas juntas, de a dos. Así que en dos, podían estar acostadas tres personas enfermas.

Las del personal tenían que dormir de a dos.

Casi todos los días pasaba el médico e indicaba a cuáles de las mujeres había que retirar y enviar a la cámara de gas. Ahí iban sin distinción de raza, religión, edad o posición social. Todas las que a él le parecían, a simple vista, irrecuperables, terminaban sus vidas en la cámara de gas.

En estas circunstancias llegaron noticias, que transmitieron los hombres de las cuadrillas de Auschwitz, sobre lo que pasaba en Lwow bajo el régimen alemán.

La información, que a mí me tocó a fondo, fue sobre el trato que dieron los alemanes a las personas enfermas incurables... las exterminaron en todos los hospitales, sanatorios, clínicas y geriátricos. Eso me notificaba sobre la muerte de mi madre, ¿es necesario hacer comentarios sobre este hecho?

Nos enteramos también del fusilamiento masivo de los profesores de nuestras Facultades, ejecutados por las formaciones SS ucranianas. ¿Recuerdan que en Cracovia los alemanes habían hecho lo mismo

con los catedráticos de la Universidad Jagiellónica, mandándolos a campos de exterminio en Alemania?

Tuve un momento de decaimiento y ya me daba lo mismo seguir viviendo que morir. Sin embargo, en aquel estado de ánimo que se repitió más de una vez, de repente me inundaba una inmensa curiosidad e interés por lo que iba a pasar en adelante, en el futuro. Eso me alejaba de los problemas inmediatos, de la gravedad de la situación; me empujaba a la oración y me llenaba de optimismo.

CAPÍTULO XIV

LA VIDA VEGETATIVA DEL CONFINADO

Ya recuperada, me quedé para trabajar en esa barraca. Me ocupé poco tiempo como enfermera porque no me gustó para nada ese puesto y aprovechando unos cambios entré en servicios generales. Eran ocupaciones varias de poca responsabilidad. Yo no podía “navegar” entre falsedades, mentiras e impotencia. Prefería un nivel más bajo, pero que me diera una mayor libertad y paz interior.

En esa época, por estar parada en la nieve varias horas durante las revistas que pasaban por la mañana y por la noche, me enfermé de la vejiga. Llegué a perder el control del esfínter y mojaba la cama compartida con otra chica. Siempre recuerdo lo buena que era. Nunca me hizo un reproche. Me ayudaron consiguiendo tres pares de bombachas de lana y, con la protección del buen abrigo, me curé.

A las cuatro de la mañana íbamos a la cocina a buscar el té que preparaban con yuyos amargos recogidos, durante otra temporada del año, por una cuadrilla de trabajo. Eran noches oscuras. La cámara de gas y el crematorio se encontraban del otro lado del alambrado y funcionaban durante las 24 horas. Sobre el telón del cielo oscuro, negro, la antorcha de llamas de unos cuatro metros, sobre la chimenea, atestiguaba lo que pasaba adentro. El cuadro resultaba impresionante y elocuente.

La comida, es decir las sopas y el té, se transportaban en recipientes del equipo militar, cerrados herméticamente, de cien litros, o sea una especie de ollas térmicas en las que se cocía y repartía la comida. Las llevábamos entre cuatro personas. Dos de cada lado agarraban la misma asa. Las que iban detrás, de cada lado, apoyaban la otra mano sobre los hombros de las de adelante.

Una vez, al mediodía, yo iba adelante llevando la sopa a la barraca. El camino era resbaladizo por la escarcha y me resbalé de tal manera que sola no podía levantarme. La mujer SS me pegó con el látigo; las chicas me ayudaron a ponerme en pie y seguimos llevando la marmita. Yo no lloraba pero las lágrimas corrieron solas por mis mejillas. Mis compañeras me lo reprochaban porque era vergonzoso llorar en presencia de la guardia. Con esa caída me rompí el coxis. Por varios años sufrí mucho a causa de eso y todavía, hoy en día, siento un dolor fuerte en esa zona de vez en cuando.

Otro día, ya en febrero de 1943 una alarma a media mañana sacó a la gente de las barracas. El sol y la nieve brillaban. Nos formaron y un oficial de la Gestapo pasó revista. El hecho consistía en que él miraba a cada una a los ojos. El meollo del asunto residía en que estaba prohibido esquivar la mirada. A mí me dolía enormemente el hueso roto y yo abrigaba el temor de que mi mirada me fuera a delatar. ¿Qué hacer? Entonces se me ocurrió fijar mi vista en las cejas de él. La idea resultó buena; el peligro pasó.

Acto seguido, abrieron el portón de la entrada principal y empezaron a entrar las cuadrillas que trabajaban afuera. Cada una de las mujeres tenía que correr por una tabla angosta. Si fallaba en algún movimiento, la separaban para la barraca número 25 (la de las condenadas). Ese era uno de los actos directos, programados, de la exterminación, de la aniquilación masiva de las personas de varios pueblos de Europa.

Volviendo a lo cotidiano: lo que me molestaba mucho, eran los piojos de todo calibre, la enorme cantidad de pulgas que a mí me atacaban “en masa” y me dejaban ronchas muy fastidiosas. La lucha con esos insectos era permanente. Las lauchas y ratones de noche hacían lo suyo. Una mañana, pasando revista de las literas, encontré a una mujer checa, inconsciente, y con la cara mordida por un ratón ¡algo terrible! Al pie de la cama percibí su diaria porción de pan. En ese momento pasó por mi mente tomarlo... pero un estremecimiento interior y una reflexión relámpago me frenó. Ella, desdichada, no podía defender este sostén de su vida, quitárselo –NO– me dí vuelta y seguí mi trabajo.

A esa altura del funcionamiento de Auschwitz–Birkenau, introdujeron el tatuaje en el antebrazo izquierdo a todo “Zugang”, esto es, a todo nuevo prisionero llegado al campo. Nuestros tatuajes tenían números pequeños y bien hechos, porque los hicieron las chicas de la oficina principal que llegaron a la barraca con ese propósito. Los Zugang eran tatuados con cifras grandes, torcidas, desprolijas. Esos números

tatuados facilitaban el registro de los muertos y, por ende, la correcta información a los familiares. También el plato de comida y el pan se recibían “cantando” el número correspondiente y, a veces, verificando el tatuaje.

El tiempo corría despacio. La vida tomaba un carácter vegetativo. Las personas no podían desarrollar aptitudes propias a su iniciativa, su trabajo, su genio...

¡Hasta las invadía la pereza para pensar, hablar, comunicarse! A fin de huir de esa mortífera rutina que se infiltraba entre las ocupaciones de las primeras necesidades y los constantes episodios de persecución y peligro, terror, maldad y crueldad, había gente que se esforzaba por llevar “algo de normalidad” a sus vidas.

Las personas se relacionaban según sus afinidades. Por la noche, cuando ya estaban cerradas las barracas, promovían tertulias. Se contaban historias, vivencias, anécdotas, noticias que llegaban de afuera sobre la guerra. A veces, si la “Capo” estaba ausente o de buen humor, se cantaba. ¡Eso era lo más lindo!

Las fiestas se preparaban con anticipación, prolijamente, para pasarlas lo mejor posible. En eso ayudaba el comportamiento de las autoridades, quienes aumentaban y mejoraban las raciones de comida para esos días.

Una vez, ya después de la hora límite, cuando estaba prohibido salir de la barraca, no aguanté más. Salí. Me paré en un rincón, en la penumbra. La noche me impactó: el aire puro, la luna llena en un dominio del firmamento y millares de estrellas bellamente

distribuídas. La tierra cubierta de un mantel blanco perfectamente liso... ¡Silencio y paz!

Pero, a unos pasos, estaban las alambradas de púas electrificadas y, cada tanto, las torres de vigilancia. Hubo gente que se quitó la vida tirándose sobre el cerco. Entonces, era cuando se oían los tiros de los guardias de las torres.

Sin embargo, el silencio y la hermosura de esa noche me fascinó. Una pregunta muy concreta surgió espontáneamente del fondo de mi corazón: ¿Dónde estás Tú, Señor mío?

El contraste de las dos realidades –la de adentro de la barraca y la de afuera– era tan llamativo que exigía una respuesta clara, contundente. Y el Señor me la dio a entender. La gente, el hombre, valiéndose de su libre albedrío, tortura y mata al otro, a su prójimo, por desconocer o combatir a ÉL, su Creador. No respeta sus leyes bondadosas. ÉL es siempre el mismo, bueno y justo. Los que ponen su confianza en ÉL, no serán defraudados. ÉL es todopoderoso, ¡es el Vencedor final!

Me envolvió una profunda paz y una seguridad maravillosa que afianzaron aún más mi fe y mi amor a Dios. En ese contexto, la vida y la muerte se ganan los mismos laureles de la victoria.

CAPÍTULO XV “PFLANZENZUCHT”

Cuando el Tercer Reich invadió la URSS encontró en Ucrania un centro de estudios científicos que investigaba sobre una planta, muy común en esas tierras, de nombre “coxsagis”. Como es rica en caucho intentaban, a través del cultivo adecuado, llegar a una producción significativa. El producto era de gran importancia para los fines bélicos.

A principios de la primavera de 1943, las autoridades alemanas decidieron levantar un nuevo subcampo en Auschwitz (al final de la guerra llegaron a ser cerca de treinta), para continuar los estudios de aquel laboratorio de Ucrania. Las “Capos” designadas, polacas, me invitaron a conformar el equipo de trabajo. Acepté: me tocaba una suerte excepcional.

Mientras los obreros, prisioneros de Auschwitz, levantaron las barracas y todas las dependencias del nuevo centro, nuestra cuadrilla se dirigía a unos cuatro kilómetros de Birkenau, al lugar indicado para plantar las primeras plantas. Cada ejemplar de estas recibía un número y una letra que tenían que ser registradas en el correspondiente libro.

Esta nueva ocupación me daba un “gran respiro” y el trabajo resultaba interesante. El día de la mudanza fue un gran día. El grupo contaba con setenta y dos personas.

Nos esperaba una barraca nueva de madera, con camas de tres pisos puestas de a dos, con un WC instalado dentro de la misma barraca. En otra, había lavatorios con duchas y un baño grande comunitario. En nuestra barraca se encontraba también una habitación destinada a la enfermería; –un pequeño hospital con algunas camas y una médica a cargo. En otra barraca el comedor consistía en un espacioso salón con grandes ventanales. Mesas, sillas y casilleros individuales para guardar cubiertos, servilletas, etcétera... Un amplio y bien equipado laboratorio nos servía para llevar adelante las investigaciones.

Nos acompañaba otra cuadrilla que trabajaba en la huerta. Eran mujeres campesinas, expulsadas de sus casas y aldeas junto con sus familias. Ellas llevaban adelante las plantaciones de hortalizas y en especial, la de los pimientos y los tomates. Tenían otra barraca con las mismas comodidades.

Para todas nosotras, el cambio fue enorme; tal como el significado del nombre que se le dio al lugar: “Rajsko”. La raíz de la palabra, – “raj” (se pronuncia rai) – significa “Paraíso” en polaco.

Cada una recibió una cama individual con la correspondiente ropa que se cambiaba todas las semanas. En la cocina preparaban las comidas para un máximo de doscientas personas lo que connotaba una mejora significativa en los servicios.

El equipo estaba formado por gente culta, bien educada, cuya instrucción mínima era la de la escuela secundaria. Las “Capo” tenían títulos universitarios de

Facultades de Agronomía y el jefe, un alto oficial de la SS, era del mismo nivel intelectual.

Nuestro trabajo cambiaba según la estación del año. Durante el verano, el cultivo requería del regado y descariado. A finales del verano, juntábamos las semillas en sobres clasificados con sus correspondientes cifras y letras. Más adelante, se sacaban las plantitas con el mismo cuidado, separando las raíces para secarlas en los termostatos y guardarlas ordenadamente, después, en el invierno.

En Rajsko permanecí hasta el final de la existencia del campo de concentración Auschwitz, o sea hasta el 18 de enero de 1945.

La vida en Rajsko se caracterizaba, a diferencia de Birkenau, por alguna dosis de seguridad y también de algún grado de “bienestar y tranquilidad”. Las alambradas no estaban a primera vista, eso sí, cuando trabajábamos la tierra y cuidábamos las plantas, estábamos muy cerca de las torres de vigilancia. Las guardias de la SS trataban bien a la gente.

Pero todo esto, no significaba que se viviera fuera del peligro constante, pues más fácil sería decir lo que no estaba prohibido, que enumerar todo lo vedado.

La primera prohibición era ponerse en contacto con los hombres de las cuadrillas de trabajo que venían al Rajsko; el trueque de cosas tanto de vestir, como de comer; enviar cartas o hablar con ellos; lo que no quería decir que no se hiciera. En el invierno, aprovechábamos las estufas para “cocinar”: calentar

agua, tostar el pan, preparar alguna sopita... y tantos otros detalles vedados para nosotras.

Procurábamos ocupar todo el tiempo que nos quedaba después del trabajo en algo útil y hasta “normal”. Se festejaban los días de los onomásticos con regalitos ingeniosos y mesas hermosamente adornadas. Se honraban las fiestas religiosas del modo en que se acostumbraba en Polonia. Con algunos teatros y representaciones se festejaban las fiestas patrias. Estas últimas, hasta con alocuciones de temática histórica, lo que por supuesto, era muy arriesgado...

En cuanto al régimen de convivencia, se formaban “familias” de tres o cuatro chicas –amigas– quienes juntas llevaban adelante su economía; administraban las provisiones; se sentaban a la misma mesa y se ayudaban mutuamente.

A mediados del año 1944 la Cruz Roja Internacional consiguió el permiso de los alemanes para que los prisioneros recibieran encomiendas con vituallas de sus parientes. Esto mejoró y alivió la vida. Algunos podían recibir hasta algo de dinero y comprar cosas en kioscos. A mí me llegaron dos o tres encomiendas durante todos esos años y fueron una cosa extraordinaria porque yo no tenía familiares en esa parte de Polonia. El tío de Cracovia había fallecido y sólo los amigos mandaban señales de que se acordaban de mí. Les estuve siempre muy agradecida. En esta “operación encomienda” tenía su parte de mérito la Comisión Episcopal de Cracovia, la misma que atendía la cárcel de Montelupich. Con este aporte de alimentos se

desarrollaba de manera más eficaz y justa el trueque de las cosas. Claro, todo tenía sus altibajos: dependía de cómo iban las cosas en el frente de guerra. Unas veces liberaban la llegada de encomiendas, otras la frenaban o las almacenaban para distribuirlas después a su antojo.

Nos hacían mucha falta los libros. Alguien consiguió un manual de inglés y varias de nosotras tratábamos de aprender algo. A mí me interesaban también los trabajos de costura que dirigía una profesional camisera. Eso no era ningún “curso”, simplemente miraba su trabajo. Observando y escuchando las explicaciones, se aprendía. Entre otras cosas, cosía diversos tipos de delantales. Aprendí algo de eso. Además funcionaba el “correo” entre todos los campos. Sobre lo que pasaba en el mundo y en los frentes de batalla, nos llegaban las noticias por varias vías. La más importante era la escucha clandestina de radios aliadas que funcionaban en el campo masculino. Por esta audacia más de uno pagó con su vida.

La guerra se prolongaba mucho y se esperaba con mucha ansiedad su final. Los acontecimientos en los frentes cambiaban el cariz de la contienda.

Al poco tiempo, nuestra barraca se llenó con más gente debido al traslado del otro laboratorio, el de Lwow, el del famoso Dr. Weigel (el descubridor de la vacuna contra el tifus) con todo su personal. Entre ellos había un médico judío con su esposa Edith y su hijo de unos cuatro años. La mujer con el chiquito vi-

vió con nosotras. También con ellos vino una polaca, profesional en química.

La mencionada vacuna contra el tifus se elaboraba en base a la crianza de piojos. Recuerdo que éstos – que se alimentan con sangre humana– eran nutridos con la de algunos colegas míos que se “ganaban” la vida de este modo. En Auschwitz, los dadores de sangre eran gratuitos pero eran mejor alimentados, con porciones mayores.

Un día vino a verme la oficinista de la administración de Rajsko, Genia, una judía que tenía la estrella de David en color rojo, lo que significaba que pertenecía a los prisioneros políticos. En efecto, había tomado parte en la resistencia polaca. Para mi mayor sorpresa, me propuso ni más ni menos, que nos evadiéramos del campo, las dos juntas. Yo era contraria a este tipo de “aventuras” porque no sólo representaban un gran riesgo para el que se fugara sino que también acarrearía gravísimas consecuencias para su cuadrilla de trabajo. Si no encontraban al fugitivo, diezmaban a la cuadrilla. Las probabilidades de éxito de una eventual fuga eran mínimas, debido a la ubicación geográfica del complejo de campos de Auschwitz. Este estaba situado en el triángulo de confluencia de dos ríos: Vístula y Sola.

Tuve suerte de convencer a Genia de que desistiera del proyecto. En ese entonces, no sabía a qué atribuir la elección que había hecho Genia. No me parecía ni una trampa ni una provocación, pero... si no era eso ¿de dónde le venía tanta confianza hacia

mi persona? Nuestros contactos eran muy casuales. Nunca más hablamos de ese tema.

El episodio contado me recordó que cerca de la oficina de Genia había un colmenar. Un domingo hicimos una visita al colmenero. Allí escuchamos una descripción entusiasta de la maravillosa vida de las abejas.

CAPÍTULO XVI

ÚLTIMOS MESES DE AUSCHWITZ

Ya habíamos cruzado el umbral del año 1944. A mediados de ese año, empezaron a llegar a Birkenau transportes con judíos de Hungría: los trenes, sobre nuevos rieles, puestos con ese propósito, los llevaban directamente a la zona de la cámara de gas. Esta era la última fase del plan de exterminio de los judíos. Los de Hungría eran muy ricos y por eso pudieron sobrevivir más tiempo, entregando grandes tributos al régimen nazi para su salvación.

La cámara de gas tenía en esa época una significativa merma de gas venenoso. Entonces, los nazis cavaron fosas y tiraron allí a la gente enferma, vieja y niños, y los quemaron vivos. El olor del aire apestado llegaba hasta Rajsko. Ahogaba. Yo me sentía intoxicada, medio mareada, en estado de aturdimiento. Es imposible explicar con palabras toda esta vivencia.

Una vecina mía, en el dormitorio, era una joven-cita de Hungría quien se encontraba en Auschwitz por su anterior militancia política de oposición al régimen nazi. Esto, que parecía una desgracia mayor, la salvó de la matanza colectiva que hicieron los nazis entonces de sus hermanos judíos de aquel país. Era una chica excelente.

Llegamos al 1ero. de agosto. El panorama bélico había cambiado mucho. La Wehrmacht estaba en constante retirada en el frente oriental y librando

grandes batallas en Occidente; Auschwitz de a poco se achicaba porque, a los prisioneros, los llevaban a otros campos de concentración en Alemania.

París ya se había levantado contra el ocupante —con éxito.

En esa fecha, salió a las calles de Varsovia el ejército clandestino polaco para liberar la Capital. Al otro lado del Vístula, sobre su ribera derecha, ya se encontraba el “aliado” Ejército Rojo. El levantamiento tenía todas las posibilidades de ganar la contienda. Nosotras nos pusimos en la cabeza pañuelos con los colores patrios. Estos aparecieron por “arte de magia” e impactaron fuertemente en nuestros guardianes.

Las noticias de Varsovia, al principio, eran buenas y nuestra euforia crecía. Pero eso duró poco. Empezamos a enterarnos de las dificultades en el abastecimiento a los insurgentes. Los aviones polacos que venían de Inglaterra no podían aterrizar en Varsovia—Praga (en la ribera derecha del río Vístula) donde los rusos les negaban el apoyo e impedían el aterrizaje y el abastecimiento de combustible. Estos obstruyeron así toda la ayuda militar del Gobierno polaco en Londres.

A su vez, las formaciones comunistas armadas, pertenecientes al movimiento de resistencia polaca, cometían crímenes contra los propios polacos.

Algo así le sucedió a mi colega y buen amigo Janek Kornas, luego de despedir con un discurso fúnebre en el cementerio a un compañero, subalterno suyo, caído en el levantamiento. Al salir del anonima-

to con esa alocución, los comunistas se dieron cuenta de la importancia que representaba su persona. Desde entonces, nadie volvió a saber nada de él, y su esposa, embarazada por esa época, lo buscó incansablemente, sin obtener ningún resultado positivo.

El Ejército Rojo, nuestro “aliado”, acampado del otro lado del Vístula, esperó el agotamiento de los insurgentes y la caída de Varsovia. Después de la rendición contemplaron “distraídamente” la destrucción e incendio de Varsovia provocado por los alemanes y sus batallones SS ucranianos. Así Varsovia quedó literalmente en escombros y cenizas y sus heroicos combatientes sepultados o en cautiverio.

Una vez más, se confirmó que el propósito de aniquilar al pueblo polaco era el común denominador de la política y las alianzas ruso-alemanas.

Nuevas tandas de prisioneros de la arruinada Capital de Polonia llegaron a Auschwitz.

Los viejos pañuelos comunes –para la cabeza– volvieron al uso diario.

CAPÍTULO XVII GOBIERNO COMUNISTA EN VARSOVIA

Mientras corría el mes de noviembre, recibí una encomienda de parte de amigos míos desde Cracovia. Era una hogaza de pan. Lo importante era lo que traía adentro: un “gryps”. En él me contaban sobre las decisiones de las conferencias de Teherán y Yalta acerca del cambio de la frontera oriental de Polonia. Eso significaba que mi ciudad natal, Lwow, pasaba al otro lado de la frontera. Es decir, pasaba a ser parte de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas; concretamente de Ucrania. Esta carta confirmaba los rumores que habían llegado antes: eso cambiaba a fondo las perspectivas de mi vida.

Ya en el otoño tardío del año 1944, nuestro jefe SS (Obersturmbahnführer) nos alistó en fila, en un horario y forma inusual, y nos habló. Nos dijo que habíamos trabajado mal, que los resultados de los cultivos eran nulos, que tuviéramos cuidado porque cualquier día nos podían poner “bajo la pared”, lo que significaba: fusilamiento. También él, personalmente, iba a sufrir la misma suerte por la responsabilidad que le tocaba en ello.

La amenaza o el aviso no nos sorprendió. Sabíamos muy bien que nuestro cuidado de los números y las letras, la selección de las semillas y las raíces, era negligente; no le dábamos importancia a ese trabajo. Pensábamos –con ilusión– que, antes de que nos

llegaran a pedir la rendición de cuentas, la guerra ya habría terminado, con la segura derrota de Alemania. Esta postura conllevaba también una cuota de nuestra oposición y espíritu de lucha frente al enemigo, lo que significaba no ayudarlo en el éxito; o sea boicotear o directamente sabotear sus proyectos. Era ésa nuestra lucha silenciosa por la libertad, que afectaba todos los aspectos y perspectivas de la vida y de la dignidad del ser humano.

El invierno se acercaba a grandes pasos y con la misma rapidez se movía el frente oriental. Al tomar Varsovia, los rusos instalaron allí su gobierno que ya se había formado anteriormente como un comité, al ocupar Lublin. Esto era un golpe estratégico contra el legítimo Gobierno de Polonia residente durante la guerra en Londres. Un grupo de comunistas “polacos”, con Wanda Wasilewska al frente, se auto-otorgó los atributos del poder.

Eso significaba también ignorar el “Vice-Gobierno” que funcionó durante todos esos años en la clandestinidad en Polonia, y que ya en esa época había entrado en directo contacto con los “aliados” soviéticos. El Mariscal Zhukow, comandante del frente, invitó, entonces, a los dieciséis miembros de este cuerpo a cenar con él. Al llegar a la cena, fueron secuestrados y llevados en avión a Moscú; directamente a la célebre prisión Lubianka. Eran los representantes de los cuatro principales partidos políticos del país los que componían ese Vice-Gobierno: 1) los seguidores del Mariscal Pilsudski quien gobernó Polonia antes

de la guerra, 2) un grupo más numeroso del partido nacional–demócrata, 3) los representantes del partido de los campesinos y 4) los representantes del partido socialista polaco.

En corto tiempo, al filo de terminada la guerra, el Gobierno de la URSS los condujo ante el Tribunal Supremo para juzgarlos. Prepararon uno de esos famosos juicios públicos donde todos los acusados confesaban ser culpables. Para todo el mundo, fuera de Rusia, eso constituía un misterio. Todos querían saber en qué consistía la “preparación” de los acusados para declararse culpables en los juicios. En la historia se conocía un solo caso, de un comunista búlgaro, quien pasó a negar en el juicio todas sus declaraciones previas, hechas durante los interrogatorios policiales.

El Gobierno interino de la Resistencia, o sea el Vice–Gobierno, fue acusado, ni más ni menos, de traición a la Patria. El hecho de arrestar a estos líderes en forma engañosa y violenta, despojándolos de la libertad cuando en realidad todos ellos gozaban de inmunidad en tanto representantes y emisarios del mismo Gobierno en el exilio y además siendo ahora “aliados”, no significaba nada para el Gobierno de la URSS que, con total impunidad, violaba la legislación internacional y su propio compromiso de alianza.

De la absurda acusación de traición a la Patria se declararon culpables quince de ellos, los que fueron condenados individualmente a varios años de cautiverio. Uno solo negó cualquier culpa. Fue liberado. Era un joven abogado del partido nacional– demó-

crata, buen conocedor de la lengua y de las leyes de la URSS quien se encargó él mismo de su propia defensa.

Lo liberaron pero, cuando volvió a Varsovia, lo persiguieron para apresarlo. Tuvo la suerte de cruzar las demarcaciones fronterizas a tiempo y entrar en la zona de ocupación norteamericana en Alemania. Escribió un interesante libro: “Invitación a Moscú” (Ediciones “Ateneo”, S.A. Méjico D.F. 1952). Su nombre: Z. Stypulkowski.

CAPÍTULO XVIII

EVACUACIÓN DE AUSCHWITZ

Pasado el día de Año Nuevo de 1945, el Ejército ruso se acercaba cada vez más rápido a Cracovia. El campo de concentración de Auschwitz estaba siendo liquidado por los alemanes, quienes sacaban a la gente y destruían los documentos. Los convoyes con prisioneros eran dirigidos hacia Alemania. A nosotras nos tocó el último turno de evacuación.

El 18 de enero nos abastecieron de víveres. Habíamos preparado nuestras mochilas con lo poco que uno tenía (llevé, entre otras cosas, mi almohadilla de plumas) y temprano, por la tarde, nos formaron en una columna para marchar.

No llegaba, sin embargo, la orden de salida y esperamos paradas varias horas. Al principio, no sabíamos qué era lo que pasaba; después llegaron rumores de que estaban buscando a alguien. Al final, ya de noche, empezamos la caminata. Nos enteramos de que no habían encontrado a la persona buscada y... ¿quién resultó ser? Pues nada menos que Genia, la misma que una vez me había planteado la fuga. Entonces sí creí que su propuesta había sido sincera; que pertenecía a los que vivían todo el tiempo con esa idea fija.

Después de mucho años, una compañera de Rajsko la encontró en Brasil. Cuando se enteró de que yo había salido indemne de la tormenta bélica, lloró de emoción. Le contó los detalles de cómo se había

salvado: se había escondido en los sótanos que conocía mejor que los que la buscaban y pasó allí varios días. Era evidente que no simpatizaba con el sistema comunista que se instaló en Polonia y eligió Brasil para fundar su hogar.

Caminamos varios días y algunas noches. Nos ubicaban, a veces, para dormir en grandes graneros. Durante las caminatas, se hacían paradas cortas. Mucha gente no aguantaba tal esfuerzo; se demoraba; se detenía o se sentaba al borde del camino: la fusilaban en un instante. Así, nuestro camino fue marcado por incontables cadáveres.

Una noche, en que nos dejaron dormir en un pajar, cinco de mis compañeras de Pflanzenzucht trataron de fugarse. A dos de ellas las fusilaron cuando corrían escapando, a otra, que estaba escondida entre la paja, la mataron de varios bayonetazos; sólo dos tuvieron la suerte de salir con vida.

Por entonces, yo sufrí una fiebre muy alta. A raíz de esto, había perdido la cuenta del tiempo y no estaba segura de cuánto tiempo había durado este primer tramo de la evacuación. Esa fiebre me acompañaba a menudo en aquellos años. Una de esas noches me despertó Marylka proponiéndome la fuga. Yo, con esa fiebre que debía haber sido muy alta, no podía mover ni los brazos ni los pies; entonces le dije que no podía seguirla. A la mañana, por una especial gracia de Dios, pude levantarme y seguir caminando.

Ya estábamos bastante alejadas de Cracovia y no nos acompañaban más los aviones rusos. Estábamos

atravesando Slonsk, zona perteneciente a Polonia que, durante la guerra, había sido incorporada al Tercer Reich. En un lugar determinado, nos esperaba un tren de carga para ganado. Nos ordenaron que subiéramos.

Edith, de quien ya he hablado anteriormente, se surtió, antes de salir de Rajsko, de un trineo para solucionar así el problema de evacuación de su hijito. Sin ese medio de transporte, el chiquito, y tal vez su madre, no se hubieran podido haber salvado. Llevarlo en brazos o sobre la espalda era imposible. Calculo que el niño tendría cerca de cinco años. Al subir al tren, mis compañeras, viendo que se llenaba mucho el vagón y que faltaría lugar, le negaron a Edith la posibilidad de subir el trineo. Ella rogaba desesperada y sin éxito. En un momento, me pidió a mí que interviniera para ayudarla. Tomé la palabra y forcé la subida del trineo, cerrando con mi cuerpo el contingente de gente destinada para ese vagón. Eramos ciento veintiséis. Al sentarnos sobre nuestras mochilas, nadie podía mover su propia pierna sin que otra persona no se tuviese que mover. Las chicas, incómodas y enojadas, enfurecidas, me culparon de todo.

Me subió de nuevo la fiebre. El tren llegó a una ciudad fronteriza (en la frontera de antes de 1939) y Marylka, considerando con razón que era la última oportunidad de fuga y la posibilidad de encontrar un ambiente amistoso entre la población polaca, me propuso nuevamente fugarnos. Le expliqué que en esas condiciones no podía y sólo sería “un clavo” para ella. Sin rendirse, encontró a otra compañera nuestra, can-

didata para esa “aventura”. Las dos se “evaporaron” del vagón.

Después me contaron que las chicas se habían encontrado entre dos fuegos; en el mismo centro del frente de combate donde chocaron cara a cara los soldados rusos y alemanes. Pasaron el tiempo escondiéndose de un pajar a otro, durante casi dos semanas. Supe que se salvaron. Varios años después, cuando viajaron a Polonia unos amigos, se conectaron con Marylka. Había terminado sus estudios de odontología, se había casado y había tenido un hijo. La otra chica también formó una familia.

CAPÍTULO XIX

RAVENSBRÜCK Y MALCHOW

En ese tren habíamos llegado ya al norte de Alemania; a Ravensbrück (según decían, era el primer campo de concentración fundado por el régimen nazi), al pie de una colina. A diario, en las cimas de la cadena montañosa, realizaban los fusilamientos de los condenados. Los ejecutaban a la vista de la población cautiva, torturándola así con este espectáculo. A los que morían, los acompañaban las oraciones, rezadas en secreto por las prisioneras polacas.

En Ravensbrück todo el mundo trabajaba para satisfacer las necesidades de la guerra; de ahí, una variedad de talleres.

Ahí también tuvieron lugar los experimentos de trasplantes de huesos; se los quitaban a los prisioneros para implantárselos luego a los soldados heridos en el frente oriental. Conocí a una señora, víctima de tal operación que vivía cerca de Rosario, en San Nicolás, Argentina. Le sacaron las tibias.

Llevábamos esperando dos o tres días en las afueras del campo porque no encontraban lugar para ubicarnos. Paradas en la nieve día y noche, con un pancito guardado todavía en la mochila “para la hora negra”, estábamos exhaustas. Por fin se abrió el portón. Para nuestra columna, quizá de uno o más kilómetros de largo, desocuparon una enorme barraca con los camastros de cuatro pisos. Los ocupamos nosotras.

Nos suministraron pan. Se presentó en nuestro grupo de Pflanzenzucht un problema inesperado: las personas que por su rol y función deberían haberse encargado del corte del pan, se negaron a hacerlo. Nadie quería arriesgarse. Me pidieron que lo repartiera. Acepté y tuve –lo digo con la misma emoción que me despierta siempre este recuerdo– la satisfacción de que nadie se quejó; nadie reclamó alguna injusticia en mi reparto.

Estábamos esperando ansiosas que llegara de la cocina la sopa. ¡Tanto tiempo sin tomar algo caliente! Las encargadas de traerla fueron unas rusas. Al llegar frente de la barraca, empezaron a pelear entre ellas para apoderarse de nuestra cuba térmica y el incidente terminó con la sopa volcada en la nieve. Nosotras aceptamos el hecho con resignación; no sabemos qué pudo haber pasado entre ellas.

En Ravensbrück recibimos, al registrarnos, un nuevo número; esta vez sin tatuaje. El mío era el 100.959.

Permanecemos en ese campo poco tiempo. Varias señoras de nuestro grupo encontraron ahí gente conocida y amiga. Un numeroso grupo, decidió quedarse ahí (aunque estaba prohibido), considerando que la libertad pronto llegaría a ese lugar. La línea de combate estaba cercana.

Suecia ofreció a Alemania, ante una posible evacuación de ese campo, recibir a los prisioneros. Llegaron rumores de que dos buques, camino a Suecia, llenos de gente, fueron hundidos en el Mar Báltico

por los nazis. Terminada la guerra, muchos polacos encontraron en ese país una generosa acogida.

El grupo de Rajsco se achicó notablemente y a nosotras, separadas de la multitud, nos llevaron en tren de carga a Malchow en Mecklemburgia (noreste de Alemania). El campo de concentración era visiblemente raro. Pequeño. No encontramos ni un alma. Decían que antes había allí judías que desaparecieron y no se sabía nada de ellas. Ocupamos una casa (no barraca) con camas de sólo dos pisos. No teníamos nada que hacer. Las comodidades eran prácticamente nulas. Para lavarnos, usábamos cloro en polvo que encontramos en abundancia en un tonel.

En Malchow nos tocó padecer hambre de verdad. No había alimentos ni combustible en la cocina. Una vez por día trataban de darnos una taza, a veces media, de sopa o té caliente –que estaba apenas tibio. En la sopa, unas hojas de verduras disecadas y mucha agua. Acompañaba una tajada fina de pan por día. Algunas veces, las mujeres SS, desesperadas, llevaban al bosque a las chicas para abastecerse de ramitas secas para poder cocinar. “Tocar” el bosque estaba estrictamente prohibido por la ley.

Nusia, en uno de esos días, dando vueltas por las cercanías de la cocina, encontró una papa. La lavó prolijamente, la secó y la cortó en finas rodajas entregándonoslas a Ela y a mí. Era un banquete. Fue un placer poder morder algo duro y comer una excelente papa cruda. La amenaza de escorbuto estaba latente.

Lo folclórico de la situación resultaban ser “las clases” sobre la preparación de varios platos de alta cocina. Eran conversaciones que dividían “al público” en dos grupos: uno de gente a las que les fascinaba hablar del tema; el otro, que lo odiaba. Yo pertenecía al primero: escuchando a las eruditas en la materia, algo se aprendía, trabajaba la imaginación y era divertido.

La casa que ocupábamos se encontraba afuera de un perímetro de dobles alambradas, de un centro industrial, super vigilado y luego evacuado. Una sola vez nos llevaron allí para juntar hierbas que servían para hacer infusiones. Nadie vigilaba. Pasamos por dos puestos de control abandonados y nos encontramos en un parque lleno de montículos que camuflaban las entradas a la fábrica que trabajaba bajo la superficie de la tierra. En el centro de este “parque” se encontraba un lago profundo, fuente de energía. Marchando por los caminos asfaltados escuchábamos un raro retumbar de nuestros pasos. Nos enteramos más tarde de que éste había sido el centro de producción de los temibles V1 y V2, proyectiles que cayeron sobre Inglaterra y en los cuales Hitler había puesto todas sus esperanzas de ganar la guerra. Aquí hay que añadir que los alemanes trabajaban sigilosamente, y con adelantos de avanzada, sobre la bomba atómica. Los V1 y V2 servirían para trasladarlas a un destino “x”. (En esta materia, la carrera armamentista la habían ganado los norteamericanos y por eso triunfaron en la guerra.)

CAPÍTULO XX LEIPZIG

Llegábamos a finales de marzo de 1945 cuando nos metieron en un tren eléctrico camino al sur. La ciudad de Leipzig fue nuestro nuevo destino. Nos ubicaron en un edificio fabril donde agruparon a mujeres traídas de varios campos de concentración de Polonia. Ente otros, de Maidanek. Pregunté entonces por mi amiga Halina que, durante la ocupación de Lwow por los alemanes en 1941, había sido arrestada y llevada a aquel lugar. No escuché ninguna respuesta pero, en unos minutos, para mi mayor sorpresa, apareció ella misma en persona. Fue un encuentro emocionante, como de novela.

Al enterarse del hambre que habíamos soportado, se preocupó por aprovisionarnos lo mejor posible. Lo pudo hacer por ser “Capo” de Brotkammer, es decir de proveeduría. Esto fue providencial. Durante diez días de permanencia allí, fuimos recuperando las fuerzas para seguir adelante. Con Halina nos contamos cada una de nuestras vivencias durante esos tormentosos cuatro años, informándonos de la suerte de amigos y colegas, y festejando nuestro encuentro. Fue como volver un poco a casa.

El 14 de abril evacuaron a todo el contingente que se encontraba allí. Así, tanto nosotras, de Pflanzucht, como Halina, con su grupo de Maidanek,

íbamos en una columna que contaba varios kilómetros de largo.

Caminábamos por las tierras sajonas, cruzando ríos, cambiando rumbos. Seguíamos caminando... nadie sabía hacia adónde, con qué fin... a causa de qué... Todo el mundo “esclavo de los alemanes” caminaba: los cautivos sobrevivientes de innumerables campos de concentración, de trabajos forzosos, prisioneros de guerra, oficiales y suboficiales... Estos últimos, al estar bajo el amparo de las leyes internacionales de Ginebra, gozaban aparentemente de algún grado de protección.

Caminábamos como fantasmas: todo el mundo se movía. En ningún lado se encontraba un lugar fijo para establecernos. Fue una locura haber originado esta migración caótica, sin sentido y en un territorio que se achicaba rápidamente bajo la presión de un frente en el Oriente y otro en el Occidente. Estos se aproximaban uno al otro cada vez más rápidamente.

Caminábamos bajo el sol y la lluvia y dormíamos en el pasto, en el barro, al costado del camino. Y, cuando en una ocasión nos detuvimos en un blanco del bosque, una mujer del grupo de Halina, que dio unos pasos hacia un matorral, juntando ramitas secas para hacer fuego, fue baleada por un oficial de la SS. Recibió los balazos en el abdomen. Sufrió tremendos dolores y falleció unas horas después.

En este “paseo” obligatorio nos encontramos con “esqueletos caminantes”; me acuerdo de unos que vestían uniformes militares harapientos, de aspecto

tan miserable que parecía increíble que todavía caminaran. Eran polacos. Al pasar, nos dijeron que, a pesar de todo, podían considerar que estaban “bien”, porque a otros grupos los habían encerrado en barracas que luego fueron incendiadas.

Con el correr de los días, en el trayecto, nos iban dividiendo en grupos más pequeños y así nos separamos del grupo de Halina. Quedamos con muchas mujeres rusas y judías. Era notoria la creciente ansiedad entre la gente de la Gestapo. Los hombres y mujeres de la SS desertaban. El mismo nombre del Ejército Rojo les causaba pánico.

CAPÍTULO XXI LIBERACIÓN. WURZEN AM MULDE

El 27 o 28 de abril caminábamos unas dos mil mujeres entre rusas, judías y nuestro pequeño grupo de alrededor de unas treinta polacas de Auschwitz o sea de Pflanzenzucht. Los SS nos ubicaron, para pasar la noche, en un pajar en medio de una enorme campiña. Los últimos momentos del día fueron acompañados por algunos forcejeos cuando una “Capo” judía impidió a las SS mujeres cerrar nuestro aposento, pues tenía vivo en su mente el fantasma de las barracas incendiadas con la gente adentro.

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, comprobamos la sorprendente ausencia de nuestros custodios: habían desaparecido. Las cadenas cayeron por sí solas; éramos libres. ¡Por fin había llegado el día tan esperado!

Alrededor de nosotros una llanura verde, con un horizonte amplio donde no se veía nada ni a nadie; sol radiante, aire puro, fresco. Un silencio impresionante... ¡la paz!

Las rusas y las judías tomaron curso hacia Oriente para encontrar a sus liberadores: el Ejército Rojo. Nuestro pequeño grupo se quedó. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Adónde iríamos? Este ejército que se acercaba era para nosotras sinónimo de opresión y sus promesas de libertad eran falsas y engañosas. Se abrió un debate. La futura situación política de Polonia, ya

determinada por las Conferencias Internacionales de Teherán y de Yalta, sin consentimiento del pueblo polaco, nos era conocida.

La tercera parte del territorio nacional –la parte oriental– con mi ciudad natal Lwow, había sido incorporada a la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y, en Varsovia, se había establecido el Gobierno comunista dependiente de Rusia; gobierno títere. ¿Estábamos rechazando una opresión para caer bajo otro yugo? Optamos dirigirnos a Occidente.

¿Cómo nos íbamos a organizar, si no todas querían ir a lo desconocido?

Algunas pocas tenían que tomar la vanguardia para encontrar el primer puesto de avanzada norteamericano; registrar a nuestro grupo, volver y guiar a todas las demás al lugar. Eramos cuatro las que nos encargamos de tal tarea.

Empezó para nosotras otra caminata. Por el camino nos encontramos con mucha gente de todas las lenguas: a la deriva, en una búsqueda parecida a la nuestra, de su destino. Con un grupo de franceses, forzosamente llevados a trabajar en la industria alemana, entablamos una interesante conversación. Ellos comprendían la situación de los polacos que al final de la guerra, luchando en todos los frentes en el bando aliado triunfante, quedaron al final como perdedores. Nos dieron las informaciones que nos permitieron, a la mañana siguiente, tomar el rumbo adecuado. Así, a mediodía, llegamos a Wurzen am Mulde.

Después de presentarnos a la comandancia aliada y explicarles quiénes éramos, pedimos ayuda para poder llegar a Francia. Nos la negaron, pero prometieron darnos alojamiento y provisiones para todo el grupo.

De entrada, nos ubicaron en casas privadas y nos obsequiaron con paquetes de vituallas y cigarrillos.

Después de tanto tiempo, fue la primera noche que vivimos a “todo confort”. El baño de inmersión fue un lujo impensable. La cama cómoda con ropa blanca almidonada, hermosa. A la mañana, los anfitriones nos sirvieron el desayuno y, al conversar con ellos, nos dimos cuenta de que no podían entender nada de nuestra situación.

A la hora de emprender la vuelta en busca del resto de las mujeres del grupo, resultó que dos de mis compañeras se negaron a ir. Un momento inesperado y desagradable. Por suerte, una se ofreció a acompañarme. A las que se quedaron, las “obligamos” a preparar todo lo necesario para nuestra llegada grupal.

Nos pusimos nuevamente en una esforzada marcha. A media noche, ya habíamos regresado al lugar donde nos esperaba el resto. Para nuestra sorpresa, encontramos a nuestras compañeras enteramente dedicadas al arte culinario. La noche era completamente oscura, no se veía nada a un paso de distancia. El cielo, sin luna y sin una estrella. A lo lejos, se notaban luces y se escuchaban los estruendos de los combates. Salir de allí era de máxima urgencia. Movilizamos a todas a una partida inmediata. Una de las chicas salió del pajar; la llamamos muchísimo pero no contestó.

Había que evitar el encuentro con los primeros emisarios del Ejército Rojo que iban en motos. Uno de ellos nos atrapó y se puso a indagar y, al enterarse de que éramos polacas, nos indicó la dirección contraria. Escapamos “por la tangente” de esa situación y, al alejarse él, seguimos con más apuro por nuestro camino.

En la mañana del 1ero. de mayo, nos detuvimos en un bosque para descansar. El día primaveral se presentó espléndido. Toda la naturaleza despertaba a una plenitud de vida. Empezar nuevamente la marcha me costó mucho, mucho. Había que superar el dolor de las piernas con la fuerza de voluntad.

Temprano, antes del mediodía, llegamos nuevamente a Wurzen am Mulde. Las dos compañeras ya nos esperaban. Las autoridades norteamericanas nos otorgaron un amplio salón como alojamiento en el palacete del cuartel general de la Wehrmacht y nos obsequiaron con numerosas cajas de aprovisionamiento. Yo, con la idea de ir con más prisa más lejos, hacia Occidente, planeaba sacar enseguida los permisos. Pero, por el enorme cansancio, dejé el asunto para el día siguiente.

El nuevo día encontró a la ciudad con un impresionante silencio y las calles desiertas... algo conocido, pues ya me había pasado alguna vez... La ciudad esperaba a su nuevo amo. Las tropas rusas entraron para tomar lugar como ocupantes. Los norteamericanos se habían retirado durante la noche. Eso pasó porque las líneas demarcatorias de las zonas ocupadas por cada uno de los aliados habían sufrido cambios.

CAPÍTULO XXII

NUEVA OCUPACIÓN RUSA

Me encontré de nuevo bajo el dominio de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. El miedo se adueñó de la ciudad. Empezó la cacería de los SS. A una de las mujeres, guardia de la SS, la encerraron en una jaula grande y la pusieron a girar torturándola de este modo. Eso tuvo lugar en el centro del gran patio donde vivíamos.

Nuestra situación empeoró de golpe. Los rusos ocuparon el palacete convirtiéndose en nuestros vecinos. Un activista nos visitó invitándonos a ir a un baile. Insistía mucho. La situación se hizo molesta y, al fin, difícil. Por suerte una de nuestras compañeras, una señora mayor, conocía muy bien el idioma ruso. Antes de la primera Guerra Mundial había vivido con sus padres, como mucho polacos, en Rusia. Tuvieron la suerte de escapar indemnes de la Revolución bolchevique y volver a Polonia. Dirigiéndose a su interlocutor, con mucha diplomacia, nos excusó y de este modo el hombre dejó de hacer invitaciones. Sin embargo, nos visitaba, y al enterarse de nuestros planes, trataba de convencernos de las bondades del sistema reinante en Rusia.

Al darse cuenta de nuestro rechazo sacó una “batería” de fuertes argumentos ideológicos, profetizando que a cualquier lugar del mundo que fuéramos nos encontraríamos con ese sistema, porque así funcionaban

las reglas que determinan la historia. La revolución mundial marxista iba a triunfar en todo el mundo.

¡Cuántas veces, durante las decenas de años siguientes me he acordado de la ciega, férrea convicción de este hombre que sigue estando presente en tanta gente que conocí!

Nuestra gran ventaja y satisfacción fue tener en nuestro aposento un aparato de radio muy bueno. En esos días finales de la guerra estábamos bien informadas. Así, nos enteramos el día 5 de mayo de la posible aceptación por parte de Alemania de las condiciones puestas por los aliados para terminar la contienda. La capitulación incondicional fue firmada el día 8 de mayo de 1945.

Escuchamos también por la mencionada radio, el mismo día 8 de mayo, la apertura de la sesión fundacional de las “Naciones Unidas” en San Francisco (EEUU). Lo llamativo en esa reunión fue “encontrar” un sillón vacío. Pertenecía al representante de Polonia. ¿Qué pasó? Los aliados estaban por retirar el reconocimiento al gobierno constitucional de Polonia (que durante toda la guerra funcionó en Londres) y no llegaban todavía a otorgárselo al auto-nominado gobierno comunista del Comité de Lublin. ¡Una gran traición; una afrenta a la Nación y una injusticia que clamaba al Cielo! Un hecho de corrupción de principios y valores del “mundo civilizado occidental”.

El concierto de apertura de esta reunión de las naciones victoriosas lo dio el famoso pianista polaco Arturo Rubinstein, judío, persona leal al pueblo que

lo cobijó. La elocuente elección de la obra para tocar en ese evento fue tan llamativa que nos conmovió a todos, y escuchamos por la radio como los delegados presentes lo premiaron con interminables aplausos.

Tocó la “Polonesa Heroica” de Federico Chopin.

Pronto llegaron las órdenes: al cabo de dos semanas se iba a dirigir un tren a Polonia. Todas las personas que procedían de ahí, tenían que anotarse para ese viaje. Empezó el debate dentro de nuestro grupo. La mayoría de las mujeres tenía adónde y a quién volver y optaron por viajar a Polonia. Fuimos cuatro las que tomamos rumbo a Occidente.

Una de nosotras cuatro, Hanka, sostenía que había que armarse de algún permiso y se dirigió valientemente al comandante de la ciudad. Le pidió un permiso escrito para pasar al otro lado del río Mulde adonde estaban estacionados los norteamericanos. El hombre, que evidentemente había bebido bastante, se negaba a acordar el pedido. Pero Hanka, con mucha determinación, lo “ablandó” y así le otorgó los permisos subrayando, sin embargo, que esas “bomazki” no tenían ningún valor porque les faltaba el sello. Hanka volvió contenta con los cuatro “papelitos”.

CAPÍTULO XXIII CRUCE A OCCIDENTE

Nuestras compañeras que iban a tomar el tren a Polonia se despidieron. Nuestros caminos se bifurcaron después de casi tres años de vida en común. La impresión de vacío y un velo de tristeza nos impulsó a ponernos las mochilas sobre los hombros e, invocando el Nombre del Señor y su paternal cuidado, salir del palacete.

Cruzamos unas pocas calles y nos encontramos sobre la cabecera del puente del río Mulde, que constituía la línea de demarcación entre las zonas de ocupación rusa y norteamericana. El puente estaba custodiado por dos soldados rusos. El primero, a la entrada, estaba fumando y escupiendo al agua y lo pasamos sin que se diera cuenta; el otro estaba en medio del puente, ayudando a una persona con su carro, el cual había hundido una de las ruedas en una rotura del puente. A éste también lo pasamos sin que lo advirtiera. Bajamos del puente, a una pradera y respirábamos hondo del alivio: recuerden que a nuestras “bomazki” les faltaba el sello. Lo que nos parecía más difícil se logró sin problemas.

Ahora nos tocaba otra etapa: subir una escalera de hierro muy alta, puesta verticalmente, que llevaba a otro puente, ferroviario, roto por los bombardeos, donde un soldado norteamericano hacía guardia.

En la hermosa pradera, limitada a la izquierda por el puente y a la derecha por una colina poblada

de bosques, se encontraba mucha gente sentada a la espera de una señal para subir al puente.

Nosotras, muy resueltas, y con la experiencia que teníamos en superar dificultades, no pensábamos perder ni un minuto en la espera. Subimos la escalera: yo primera y Hanka última. Al llegar arriba, me paró el guarda preguntando qué queríamos: –ir a Francia–, fue mi respuesta. Entonces me preguntó de qué nacionalidad éramos: –polacas–, respondí. A esto, con inesperada crudeza, gritó en alemán: “rauch nach Osten”, lo que significa: márchense al Este. Lo calmé para que no se apurara tanto. Su comportamiento fue, para mí, como un balde de agua fría. Mientras tanto, ya había llegado Hanka arriba. Ella sacó los “bomazki” y se los mostramos. Simulando que entendía algo de ruso, consultó cada papelito con cada una de nosotras, averiguando adónde quería llegar. Citamos varias ciudades francesas y, al final, nos dejó pasar.

Esta vez respiramos hondo pero con tristeza al advertir en qué trampa nos habían colocado nuestros “aliados”; con qué facilidad se desdecían de sus compromisos, traicionándonos; tratando como una mercancía al pueblo polaco entero, a su libertad, a su independencia y a su tierra. La misma suerte que a nosotros –polacos– les tocó vivir a otros pueblos de esa parte de Europa.

Al bajar del puente, nos encontramos con un campamento multitudinario de gente de todas las clases, de todas las lenguas y procedencias. Recuerdo que, en ese lugar, había gente que nos daba miedo.

Un hombre, por ejemplo, con quien nos tocó hablar, tenía mirada de asesino. Parecía que en cualquier momento se abalanzaría sobre una de nosotras para estrangularla. Fue tremendo, me asusté en serio. Por suerte, conseguimos un excelente lugar para dormir: un puesto sanitario.

Había que moverse sin embargo entre la gente para conseguir informaciones y saber qué novedades traía cada día. Así nos enteramos de que por toda Alemania, en esos días, pasaban oficiales del II Cuerpo del Ejército Polaco al mando del General Anders, acampado en Italia, como emisarios en busca de polacos para darles “una mano” y ayudarlos. Lo más práctico me pareció escribirle una carta a ese General y enviársela por medio de alguna de estas personas que nos proponíamos encontrar sí o sí.

La carta hablaba de nuestra situación durante la guerra y en el momento actual, y de nuestros propósitos de continuar nuestro compromiso con la Patria. Fácilmente encontramos a dos oficiales y se la entregamos. En pocos días nos llevaron a Leipzig, que ahora, ya terminada la guerra, era zona de ocupación norteamericana, a un punto de concentración en unas instalaciones militares casi desiertas, donde nos sentimos, por fin, ...tranquilas y seguras.

De Leipzig nos llevaron en un transporte de autos abiertos y conducidos por muy buenos choferes negros. Nos trasladaron del sudeste al noroeste de Alemania, a la zona de ocupación inglesa: a Nottheim cerca de Döttingen, a un campo de refugiados polacos

que funcionaba a través de directivas y personal de UNRA. Esta era una institución formada “ad hoc” para ordenar el caos reinante y crear las condiciones materiales para que la gente buscara y encontrara su “ubicación”.

El lugar estaba repleto, todos en tránsito a otras latitudes. Empezamos entonces, una nueva etapa militarizada bajo unas reglas que posibilitaban la vida en común. De ahí, mandé cartas a Londres, a los amigos a los que les había tocado pasar la guerra en la tierra de Albión, y Hanka escribió a su tío en Italia. Otro tío de ella pasó la guerra en un Offlag, que era para oficiales prisioneros de guerra, en Murnau, al sur de Alemania.

Nuestro espíritu inquieto, no nos dejaba quedarnos tranquilas; no esperábamos que alguien resolviera las cosas por nosotras.

CAPÍTULO XXIV VIAJE A MURNAU

Hanka y yo decidimos salir del campamento (lo que estaba prohibido) y viajar a Murnau. Se unió a nosotras una señora, oficial del Ejército clandestino que había tomado parte, el año anterior, en el levantamiento de Varsovia. Los que salieron con vida de esta derrota habían sido llevados a cautiverio como ella. Nusia y Hela, que eran de “nuestra familia”, prefirieron quedarse en el lugar. Más tarde, me enteré de que la primera llegó a Inglaterra y la otra a Holanda, donde formaron sus hogares.

No logro hilvanar ese “nuevo” tramo de mi vida con detalles consecutivos. En mi memoria, sólo quedaron episodios, fragmentos, pero lo más importante: una magnífica sensación de libertad.

En Nottheim tomamos el tren de pasajeros. Iba vacío; de los pasajes... ni se hablaba. Nos dejó en algún lugar. Tuvimos que caminar por una aldea linda, limpia y tranquila. En todos lados, con facilidad encontrábamos polacos. Ellos nos daban su apoyo. Así, conocimos a un matrimonio joven (trabajadores forzados en condición de libres) quienes nos convidaron con conejo, guardado en grasa para su conservación, para el invierno. Abrieron el frasco y organizaron un verdadero banquete. Además, completaron nuestras provisiones con generosidad.

Seguimos nuestro camino. Cuán distinta fue esta caminata de las anteriores. ¡Me sentía tan feliz! Ese vivir y gozar de la libertad, fue algo sensacional, una experiencia única, preciosa, inestimable, irrepetible. En verdad, para describir esto correctamente sería necesario tener alma y talento de poeta. Nos envolvía una primavera florida con embriagadores aromas de flores, alegres cantos de pájaros y... ¡paz! Las calles estaban desiertas. Para descansar nos sentábamos en el cordón de la vereda.

Una ociosidad en el mejor sentido de la palabra, sin compromisos, sin obligaciones, sin restricciones, sin plata; sintiéndonos libres y seguras.

Buscábamos un móvil que nos llevase en dirección al sur. En alguna estación subimos a un tren de muchos vagones que llevaban, en el fondo, lingotes de hierro. Nos ubicamos muy cómodas. Las únicas pasajeras y de “contrabando”.

A la tardecita, el tren paró en un descampado y, para nuestra sorpresa, aparecieron –como a la espera de algo– unos soldados norteamericanos en compañía, ni más ni menos que de dos judíos, con la ropa a rayas grises y azules de Auschwitz. Distribuían alimentos. Nos obsequiaron con cajas de vituallas, cigarrillos y dulces. Fue un encuentro simpático; cambiamos informaciones para estar al día en los acontecimientos, y el tren siguió su camino. Ya bajaba el sol cuando, de repente, alguien saltó de otro vagón al nuestro: era un soldado norteamericano negro. Nos asustamos bastante. Él empezó una conversación pero se dio cuenta

de que contestábamos a desgano; nos saludó y siguió sus saltos por los vagones en movimiento. Suponíamos que cumplía alguna función de control. Hay que reconocer que estas personas gozaban de buena fama; se portaban como “gentlemen” ingleses.

Luego, viajamos en un camión lleno de troncos de árboles. Nos sentamos muy arriba de los troncos, contentas de poder admirar el paisaje desde esa altura; deleitarnos con el viento y con el sol. Este bienestar que sentía entonces por el estilo de vida “vagabundo” me permitía entender bien las situaciones de la gente que, después de la guerra no quería o no podía volver a “la normalidad”. Leyendo sobre la obra del Abé Pierre, fundador de la sociedad “Emaús”, uno podía enterarse de cómo gente destacada, intelectuales, profesionales, artistas, vivían bajo los puentes de París. No encontraban lugar para sí en la vida organizada y rutinaria, apreciando más la libertad incondicional y desconfiando de las estructuras de la sociedad.

En la segunda mitad de junio llegamos por fin a Murnau, situada cerca de la frontera con Italia. La señora de Varsovia se despidió de nosotras, y Hanka y yo partimos en busca de su tío. Lo localizamos sin problemas. El se preocupó en encontrarnos un lugar donde vivir y abastecernos de las cosas que a él le parecía que nos faltaban.

¡Que paradoja! Hasta ese momento carecíamos de todo y no nos faltaba nada, y al volver a la vida casi normal se precisaban tantas cosas, se complicaba tanto la existencia. En primer lugar, había que

conseguir ropa para vestirse “como la gente”, todo un dolor de cabeza. Pero, el buen tío sabía moverse y pronto la tuvimos. También una sesión de peluquería era indispensable.

Lo que sucedió entonces, en la peluquería, me quedó bien grabado en la memoria. Una madre trajo a su niño de 6 o 7 años a cortarse el pelo. La peluquera se lo cortó bien corto y la madre, contenta, le dijo “ahora estás bien, muy bien, como Hitlerjugend” (juventud hitleriana). Me chocó ese espíritu nacional-socialista de aquella mujer que, a mis ojos, representaba al pueblo alemán responsable de la enorme tragedia de la Segunda Guerra Mundial. La pregunta fundamental que se formulaba la gente, entonces y aún hasta hoy, era: ¿todo lo que hacía este pueblo –la masacre criminal de los pueblos subyugados– lo hacía a sabiendas o no sabía lo que hacía? Me disgustó esta experiencia y mi deseo de abandonar lo más pronto posible las tierras alemanas aumentó considerablemente.

A esta ciudad de Murnau afluyó gente de todos lados y se formó un centro importante de contactos, de búsqueda de personas y de información. En julio llegaron de Italia, del II Cuerpo del Ejército Polaco, artistas con su teatro y con el obispo castrense, monseñor Gawlina. La visita fue emocionante. El teatro, el coro y las Misas con homilias del obispo nos conmovieron profundamente. Años después, durante una visita pastoral a la Argentina, monseñor Gawlina bautizó a dos de mis hijos...

Los visitantes nos avisaron, a Hanka y a mí, que nos iban a llevar a Italia, donde nos esperaba otro tío de Hanka. Mi alegría era grande. El día 9 de julio cruzamos el Brenner, el paso fronterizo de los Alpes y pasamos a Italia. Ahí nos incorporamos a las filas de la unidad femenina del II Cuerpo del Gral. Anders.

Esto era ya el pasaporte a una vida nueva. Atrás quedaban esos tiempos de guerra, de reclusión, de torturas y sufrimientos de toda clase, esas evacuaciones y caminatas errantes, esos miedos e inseguridades: eternos peligros. Había llegado la hora de tomar compromisos sin saber a ciencia cierta en qué puerto echaría uno sus anclas. Cuándo, cómo y dónde el destino o el azar nos llevaría a establecer un hogar definitivo... Muchos interrogantes se presentaron, implícitamente existentes desde hacía ya tiempo, pero ahora vivamente actualizados.

CAPÍTULO XXV DESMOVLIZACIÓN

Termino estos recuerdos sobre los sufrimientos que trajo esta guerra con una evocación de las actitudes nobles y heroicas de que fue capaz el ser humano, entregándose en pos de defender su Fe, su Patria y al prójimo. Algunos de estos claros ejemplos serán exaltados siempre por la historia. A otros, legiones de desconocidos, Dios los premiará y el pueblo los recordará en sus acogedores hogares familiares.

Las nuevas peculiaridades de mi visión del mundo y de la vida, después de la guerra, necesitan otro pequeño comentario.

El desinterés y el altruismo estaban plantados en mi corazón por mis padres y eran norte para mi conducta. Sin embargo, mi tajante desprecio hacia lo material era producto de la anormalidad de aquellos largos años de la guerra, que demostraban cómo todo lo concebido por la mente humana y hecho por la mano del hombre crujía y caía como casas de cartón. Dada su fragilidad, ¿tenían esas cosas algún valor real?

Entonces, experimentada la loca alegría, la encantadora percepción de la libertad, sobre el escenario de una maravillosa primavera empezaba, paso a paso, a darme cuenta de que entraba en un mundo nuevo y desconocido para mí. Esos casi tres meses de andar con alegría a través de Alemania se terminaban.

Ya en Murnau se precipitaron los problemas que estaban directamente relacionados con el futuro; con el porvenir.

En Italia empezó a vislumbrarse el próximo destino del Segundo Cuerpo del General Anders.

Todos los gobiernos de las naciones combatientes comenzaron a desmovilizar sus tropas. Las personas que dejaban las filas, estaban acostumbradas a ser abastecidas de todo lo necesario; a estar siempre ocupadas; a recibir órdenes. Ahora no sabían qué hacer. Su antiguo lugar en la sociedad se encontraba ocupado y para ellos no había sitio. No estaban en condiciones de resolver los problemas cotidianos. Además, casi siempre sufrían alteraciones en el sistema emocional. Eran como aquella gente del Abée Pierre que prefería la vida bajo los puentes del Sena, que encargarse de reeditar su vida, muy a menudo, desde los mismos fundamentos. Y las otras personas, quienes aún erraban por Alemania, desterradas de sus patrias, separadas de sus familias y despojadas de sus bienes, estaban desorientadas y perjudicadas en todo.

A mediados del año 1946, comenzó el traslado del Segundo Cuerpo de Italia a Inglaterra. Allí, desmovilizaron a todas las formaciones y unidades del Ejército Polaco formando, sobre la base militar existente, grupos específicos con el fin de preparar a la gente joven y a los militares de carrera en algún oficio. Otro problema era encontrar trabajo y lugar donde establecerse. Esto se complicaba para los polacos y mucha gente del centro y este europeos. El dilema era: volver

a su tierra, adonde se habían establecido los gobiernos comunistas, o quedarse directamente en Occidente. El drama era de enorme magnitud. El sistema comunista era bien conocido por ellos. No tenían ilusiones de que algo cambiase para mejor. De entrada, el gobierno autoproclamado de Varsovia publicó las listas de las personas a quienes prohibían la entrada al país: las condenaron abiertamente al destierro. Estas, entonces, no tenían otra alternativa. Mi situación también se presentaba así. No podía ni pensar en el retorno a mi Patria.

CAPÍTULO XXVI INCORPORACIÓN A LA VIDA NORMAL

Tanto en Italia como en Inglaterra me encontré con mucha gente conocida y amiga. Empecé en Londres la búsqueda de mi hermano revisando las listas y los archivos de la Cruz Roja Internacional. Personalmente los hojé pero no encontré ningún dato. Me sentía cada vez más extraviada. Mi salud dejaba bastante que desear. Las consecuencias de lo vivido no tardaron en presentarse. A todos nos dominaba la amargura de “haber perdido la guerra ganada”. Las situaciones familiares se complicaban arruinando las vidas de mucha gente. El sufrimiento y la desolación reinaban en todos los ámbitos.

Tuve que pensar seriamente en mi futuro: lo primero que entendí fue que, viviendo sola, no era capaz de defenderme en ese mundo nuevo y desconocido. Segundo, que mi capacidad intelectual para seguir estudiando y recibirme era nula. Y tercero, que mi salud era precaria. Lo único que me quedaba y que era propiamente mío, que no me podían arrancar ni robar –si yo la defendía– era mi Fe. ¡La agradezco tanto, tanto a mis padres como a mi abuela, a mis familiares, a mis profesores y al ambiente cultural de mi entorno! Dios los premiará por toda la eternidad y además, a mis compatriotas les dará la fuerza y la sabiduría para defenderla en los actuales, sofisticados y peligrosos entronos.

Medité mucho.

Era obvio que si yo había sobrevivido al infierno, mi vida debería servir para algo; en sí siempre tiene valor. No era justo ni lícito darla por menos, considerar que ya no valía ni servía más. Estaba prohibido errar los rumbos, a pesar de tantas frustraciones. Prohibido desatender los deberes.

Sin embargo, el fantasma de los nuevos sufrimientos –que nunca faltan y son inevitables– me paralizaba y minaba mi actuación. Empezar la vida de nuevo traía riesgos imprevisibles. Me costaba mucho tomar la determinación de casarme y formar un hogar. Y esa era, sin embargo, la salida más normal y saludable.

Formar una familia, según las leyes que Dios constituyó para bien de su criatura, parecía más seguro, estable y beneficioso. No había en mi pensamiento lugar para demasiadas ilusiones, falsas esperanzas o conceptos equívocos. “Hay que ser realista –me decía yo– y estar lista para querer y sacrificar la vida en pos del bien del otro”. Tal vez el Señor me bendijese con hijos y me ayudase a formarlos en el temor de Él y, en el amor a mi patria querida. Confíe en Él.

A mi esposo Casimiro me lo presentaron unos amigos en la fiesta navideña de 1946, en Londres. Era un ingeniero recibido en la Universidad Politécnica de Lwow; yo lo recordaba del ambiente estudiantil. Trabajó algunos años en la industria militar en Polonia y, durante la guerra, en la industria pesada en Inglaterra. Era una persona con los mismos principios que yo, las

mismas creencias y el mismo concepto de la vida. Nos casamos el 19 de marzo de 1947.

Entre los países que se abrieron para recibir a los exiliados, elegimos Argentina. Mi esposo firmó entonces un contrato con los representantes del Gobierno de este país (precisamente con el Gral. Savio), para un grupo de especialistas polacos, ingenieros. Elegimos Argentina; un país latinoamericano, católico, de tradición española (con España siempre hemos simpatizado).

El 11 de noviembre llegamos por vía aérea a Buenos Aires, dónde vivimos dos meses. A mi esposo lo destinaron luego a la Fábrica Militar de Armas Portátiles en Rosario. Durante varios meses viajaba para tomar conocimiento de la totalidad de la industria militar argentina. Yo estaba ya ocupada con el primer vástago, mi hija nacida el 9 de abril de 1948. Después nacieron otros tres hijos, varones.

La Argentina nos resultó ser el país ideal para cerrar las heridas y curar el alma. La libertad, la paz y la amabilidad de la gente nos permitió serenamente progresar en la vuelta a la normalidad de la vida. La queremos como patria de nuestros hijos y como a nuestra segunda madre.

En el año 1974 visité Polonia junto a mi hija. Realizamos una peregrinación a Czestochowa, donde el pueblo polaco honra a la Madre de Dios en su santuario de Jasna Góra – Monte Claro.

La visita a la Virgen estuvo llena de vivencias y emociones. Es un lugar lleno de un riquísimo y heroí-

co pasado y que vive un afamado presente. La visita terminó con una vivencia exclusiva: a las 21 hs. cuando cierran la Iglesia, los frailes se reúnen en el templo y, acompañados con un toque de campanas y antiguos instrumentos, cantan el “Apel Jasnogórski” (llamado desde Jasna Góra) que es escuchado en todo Polonia. Tuvimos la suerte de participar en estas plegarias.

Aunque me hospedé en Cracovia, muy cerca de Oswiecim (Auschwitz), no lo visité. Demasiado vivos estaban todavía los recuerdos, más aún debido al contexto político existente por esa época en Polonia. Era demasiado duro, para mí, exponerme a esa clase de pruebas.

Al “lugar” volví 34 años más tarde, en 1979. Junto a mi esposo, fuimos a recibir a S.S. Juan Pablo II en su primera visita a su Patria como Papa. Fue una vivencia profunda y emocionante. Tuvimos la suerte y la gracia de recibir la Santa Comunión de las manos del Sumo Pontífice, en la Misa celebrada por él en el mismo campo de concentración (donde antes se levantaban las barracas).

Acogerlo, como al “Papa polaco”, en ese sitio y en esos tiempos de opresión comunista, tuvo una profunda elocuencia simbólica: fue como un premio del cielo para un pueblo martirizado, una victoria moral y bendita en sus frutos.

EPÍLOGO

Y llegamos al año 1997...

A pesar de varias y serias enfermedades, mi esposo estaba en pie. A las soñadas BODAS DE ORO hemos llegado superando los contratiempos. La vida nos saludaba con una sonrisa victoriosa.

Dimos una Misa de enormes gracias, de entrañable gratitud al Señor por estos años duros, sufridos, llenos de contrariedades y de luchas para guardar el recto camino. Gracias por tantas alegrías y satisfacciones, por los bien cumplidos deberes. Gracias por los hijos y los diez nietos, por tanta gente amiga, por este país maravilloso.

Y el hecho culminante de alegría y de gratitud fue la llegada desde Polonia de Stefan, nuestro hijo menor, sacerdote, para celebrar esta memorable Misa para sus padres. La iglesia parroquial estaba llena de amigos y vecinos unidos a nuestro gozo. La paz y la alegría dominaban el ambiente.

Las restantes horas de ese fabuloso día las disfrutamos junto a las personas más cercanas a nuestra familia, en un almuerzo íntimo e inolvidable.

Por todo: Gracias Tibi Deus, Gracias Tibi.

REFLEXIÓN FINAL

Estas son mis memorias, mis recuerdos, mis vivencias; pero el hilo conductor de todo el relato son los acontecimientos políticos que escribieron la historia. Éstos se prestan a comentarios y disputas, pues están en función de las posturas y la valoración humana de los hechos y, fundamentalmente, de la visión del mundo y de la vida que tiene cada persona frente a lo sucedido.

Lo que se me impone decir lo hablo con audaz sinceridad, aunque mis apreciaciones puedan parecerle, a muchos, “fuera de moda”, anticuadas, de los epígonos de tiempos idos. Este tipo de afirmaciones caen en el error de la superficialidad, según mi entender.

El hombre, cuando se encuentra –despojado de su fuerza y de su soberbia– frente al dilema existencial del ser o no ser, descubre que “lo antiguo” es siempre nuevo, está siempre vigente, y ... eso lo salva.

LUDMILA

PALABRAS DE DESPEDIDA

*Enviadas por una de las nietas de Ludmila,
residente en Europa.*

Ya que no puedo estar presente físicamente en su partida, quiero rendir homenaje por este medio a una gran luchadora de la vida que hoy nos deja.

Una persona que lo arriesgó todo por su querida patria, que conoció en vida lo que era la muerte y que en la realidad más horrenda pudo elevar su alma y elegir ser feliz a pesar de todos los pesares. Así fue que formó una gran familia, a la que transmitió todo ese amor que tenía, el amor a Dios, el amor a la patria, los valores, la fe, la fuerza, la voluntad que todo lo puede y la esperanza que nunca se pierde...

Cuanto te debemos todos los Moszoro!!!

Te vamos a extrañar Babcia¹!!

Octubre de 2012

¹ En polaco: Abuela.

POST SCRIPTUM...

Después que papá falleció sin haber dejado nada escrito de sus vivencias, me propuse convencer a mi madre y al entorno chico familiar para que comenzara ella a hacerlo.

Lo que referiré creo que corresponde para completar su relato.

Cuando decidió comenzar a escribir tomó su vieja máquina de escribir, que siempre utilizaba, y se puso a redactar. Por aquella época yo trabajaba en su casa, desayunábamos juntos y luego cada uno se ponía en lo suyo.

Su modo de trabajar era el siguiente: redactaba dos o tres páginas en la máquina, luego las corregía y le hacía agregados, las volvía a reescribir, etc. Era una labor lenta y muy engorrosa.

En una oportunidad vi a mamá con ojos llorosos, le pregunté qué pasa? –Nada, nada, contestó.

El repiqueteo del teclado no percutía como al comienzo. Otro día pasada la media mañana el habitual sonido paró, fui a ver qué pasaba y la vi apoyada sobre la máquina de escribir, llorando.

Al instante, le di un beso, cerré la máquina, junté los papeles y le dije: “Tak nie, mamo, tak ja nie chce nic”. (Así no mamá, así no quiero nada). Intuí en ella mucho, mucho dolor.

Seguimos desayunando y charlando mucho cada mañana, ella leía dos diarios y otro en polaco. Me su-

brayaba las noticias importantes..., pero había dejado de escribir.

Pasaron uno, dos, quizás tres meses y un día veo sobre la mesa nuevamente la máquina de escribir y los papeles.

En una de las tantas charlas, extrajo una conclusión; –Voy a hacer como referiste, voy a escribir hasta donde me permitan el dolor y la angustia.

Avanzaba despacio; al costado de su máquina siempre había un libro de oraciones y sobre él un rosario. Los escritos comenzaron a aumentar con la misma dificultad del principio: corregir, reescribir.

Ya había en casa una computadora, le mostré cómo podía escribir y corregir sin perder tiempo. Sorprendida y entusiasmada se familiarizó con ella.

Con sus 82 años de edad se anotó en un curso para abuelas para entrenarse mejor con los sistemas modernos. Salía de casa con sus cuadernos y anotaciones.

Un día, le comentó a mi hermano Bartolomé, que la computadora era una “porquería” (textual). Dijo: “Allá, (en el curso) aprieto una tecla y enseguida todo está corregido”.

A lo que él contestó: “No te hagas problema, te traigo una igual”. Mamá fue una de las tres primeras abuelas en terminar el curso completo.

El libro se terminó de escribir en la compu. Mamá aprendió a usar internet, mandarse e-mail con sus amigos y leía los diarios nacionales y los de Polonia en la web.

Este testimonio final lo agregó para que se sepa que “Memorias” fue escrito entre muchas lágrimas, dolor y oraciones de parte de mamá. Como ella me decía, no quiero que se tome como una “novela con final feliz”, es una vivencia real.

Durante toda la vida no la sentimos quejarse de lo que le tocó vivir. A papá tampoco. Nunca un odio o un desprecio a quienes tanto daño causaron a su persona, su familia y a su patria.

Gracias MAMA, gracias.

También gracias Bartolomé, hermano querido por tu desinteresado y generoso altruismo en reimprimir este legado por tercera vez en castellano y primera edición en polaco.

ANTONIO MOSZORO

ANEXO I MAPA ACTUAL DE LA REPÚBLICA DE POLONIA



ANEXO II

SOBRE POLONIA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Polonia está situada en el centro geográfico de Europa. Sus 312.700 km² limitan al Norte con el Mar Báltico y el Distrito Ruso de Kalingrado, al Oeste con Alemania, al Sur con la República Checa y Eslovaquia y al Este con Lituania, Belarus y Ucrania. Su población actual es de alrededor de los 39 millones de habitantes.

Su milenaria historia tiene un hito fundamental en el año 966, con el bautismo cristiano de su príncipe Mieszko I. En 1025 es coronado el primer rey de Polonia, Boleslaw Chrobry.

A través de los siglos ha tenido muchas épocas de esplendor y gloria –como el siglo XV cuando después de derrotar en el año 1410, en la mayor batalla de aquellos tiempos, a la Orden germana de los Caballeros Teutónicos se consolida como estado, abarcando territorios desde el Mar Báltico hasta el Mar Negro– o el siglo XVII en que su Rey Jan III Sobieski consigue una brillante victoria en la batalla de Viena sobre el Gran Visir Kara Mustafa, frenando el avance otomano sobre Europa y confirmando la definición de que Polonia constituía la frontera del cristianismo.

Y también hubo muchos períodos de desgracias y persecuciones, como el siglo XVIII–XIX en que

desaparece como estado soberano a manos de Rusia, Prusia y Austria.

El siglo XX es, para la historia de Polonia, de renacimiento y tragedia. Luego de reconquistar su Independencia tras la 1ª Gran Guerra, es el país que más sufrió como consecuencia de la 2ª Guerra Mundial. Unos pocos datos ilustran parte de los daños y sufrimientos causados a Polonia por los alemanes y los soviéticos:

- En 1939 Polonia tenía 32,3 millones de habitantes, en 1946 tan sólo 23,6 millones.
- 2.300.000 personas fueron deportadas a trabajos forzados al III Reich alemán.
- Alrededor de tres millones de judíos polacos fueron exterminados en las cámaras de gas (sólo en Aushwitz fueron muertos entre 1,2 y 1,5 millones de personas, mayormente judíos).
- Cerca de 200 mil niños polacos, esmeradamente seleccionados, fueron llevados a Alemania, donde en familias “adoptivas” fueron despojados irremediablemente de la conciencia de su origen.
- El terror sembrado por los alemanes puede “medirse” a través de las ejecuciones masivas –en la que se masacraban decenas o centenas de personas. Estas ejecuciones crecieron exponencialmente (por ejemplo en 1941 fueron 68, y en 1943 totalizaron 819).

- La URSS se anexó 192.700 km², o sea casi la mitad del territorio polaco de preguerra, con una población de 13,5 millones de habitantes.
- Fueron internados 15.000 oficiales y 230.000 soldados y arrestados más de 250.000 civiles por parte de los soviéticos. El total de deportaciones a Siberia, Kazajstán y otras regiones de la URSS alcanzaron entre 1,2 y 1,5 millones de habitantes.
- Al final de la II Guerra Mundial los ejércitos polacos en el este y el oeste contaban con más de 600.000 soldados y constituían, después de la URSS, EE.UU. y Gran Bretaña, la cuarta fuerza de la coalición antihitleriana.
- En la conferencia de Yalta (febrero de 1945) Stalin, Roosevelt y Churchill decidieron entregar una parte de Polonia a la Unión Soviética que se quedó con los territorios anexados en 1939.
- Como consecuencia del cambio de fronteras, se produjeron masivas migraciones internas: 2,8 millones de personas de origen alemán, ucraniano y bieloruso abandonaron Polonia y –por otra parte– llegaron 1,5 millones de polacos provenientes de la zona anexada por la URSS y 2,2 millones que retornaron de trabajos forzados y del ejército en occidente.
- El territorio final quedó reducido en 76.000 km² (casi un 20% de su extensión).
- Se perdieron más de 6.000.000 vidas polacas, de ellas se estima que:

- 600.000 murieron en combate y operaciones militares
- 4.000.000 fueron asesinados o masacrados por los ocupantes.
- 1.000.000 fallecieron en cárceles y campos de trabajo.
- Durante la guerra, los ocupantes exterminaron el 70% de la intelectualidad.
- El 35 % de la infraestructura industrial y minera fue destruída.
- El 50% de puentes ferroviarios y viaductos fueron destrozados.
- Los alemanes destruyeron el 75% de la ciudad capital, Varsovia.

El fin de la guerra trajo a Polonia la liberación de la ocupación alemana, sin embargo al mismo tiempo fue entregada por sus aliados a la influencia del régimen comunista impuesto por el Ejército de la URSS. Los polacos pudieron reconstruir su país devastado, pero las persecuciones, asesinatos y deportaciones no cesaron hasta el año 1956. Polonia, convertida en un país satélite de Moscú, quedaría bajo este yugo hasta 1989.

INDICE

Nota sobre la tercera edición.....	5
Nota sobre la segunda edición.....	7
Prefacio. Algunas palabras de la autora.....	9
Prólogo. Antecedentes históricos	13
Capítulo I. El estallido de la guerra	19
Capítulo II. Arrestos y deportaciones	23
Capítulo III. Mi hermano Zbyszek	27
Capítulo IV. Superpoblación de Lwow	33
Capítulo V. Viaje al otro lado.....	39
Capítulo VI. Movimiento de resistencia	41
Capítulo VII. Mi encarcelamiento	45
Capítulo VIII. Ataque alemán a la URSS.....	51
Capítulo IX. Montelupich – la lavandería	55
Capítulo X. Navidad de 1941	61
Capítulo XI. Mi transporte a Auschwitz.....	65
Capítulo XII. Llegada al campo de exterminio.....	69
Capítulo XIII. La vida en Birkenau	73
Capítulo XIV. La vida vegetativa del confinado....	79
Capítulo XV. “Pflanzenzucht”.....	85
Capítulo XVI. Últimos meses de Auschwitz	93
Capítulo XVII. Gobierno Comunista en Varsovia	97
Capítulo XVIII. Evacuación de Auschwitz.....	101
Capítulo XIX. Ravensbrück y Malchow	105
Capítulo XX. Leipzig.....	109
Capítulo XXI. Liberación. Wurzen am Mulde.....	113
Capítulo XXII. Nueva ocupación Rusa.....	117
Capítulo XXIII. Cruce a Occidente	121

Capítulo XXIV. Viaje a Murnau	125
Capítulo XXV. Desmovilización	131
Capítulo XXVI. Incorporación a la vida normal.....	135
Epílogo	139
Reflexión final	141
Palabras de despedida	143
Post scriptum.....	145
Anexo I. Mapa actual de la República de Polonia	149
Anexo II. Sobre Polonia y la Segunda Guerra Mundial	151

Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7700 / 4954-7300
E-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Enero de 2017

*
Ludmila María Dabrowski nace en Lwow, antigua ciudad de Polonia, en enero de 1917. Mientras cursa sus estudios universitarios, estalla la Segunda Guerra Mundial, con la invasión de Polonia por la Alemania hitlerista el 1 de setiembre de 1939 y por su entonces aliado –la Unión Soviética marxista– diecisiete días después. Perseguida por su postura patriótica por la tristemente célebre NKWD soviética, en mayo de 1940 Ludmila cruza a la zona ocupada por los alemanes, siendo detenida por la Gestapo en Cracovia, en enero de 1941. Luego de casi dos años de cautiverio, en noviembre de 1942 es enviada a Auschwitz, donde permanece hasta enero de 1945. En sucesivos transportes pasa por los campos de concentración de Ravensbrück, Malchow y Leipzig, hasta su liberación en mayo de 1945. Casada en Londres con el Ing. Casimiro Victor Moszoro, emigra en noviembre de 1947 a la Argentina. Ferviente católica, madre de cuatro hijos, abuela de diez nietos, se ha decidido –luego de la insistencia de familiares y amigos– a relatar algunas de sus vivencias de ese trágico período de la historia universal. *

ISBN 978-987-02-9411-5



9 789870 294115

